

Alma Corrupta

Ramón Chanqueo Cariqueo

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

El Inspector yacía en el suelo, desangrándose, con el Prétor apretándole el cuello brutalmente con su pie mientras le desarmaba. El Asesino, también malherido, estaba a unos escasos metros de distancia de ellos, sin tomarles atención; sus ojos no se apartaban del Subsecretario, quien rígidamente le apuntaba con su arma de servicio. Faltaban pocos minutos para el amanecer.

— Por favor, dime que éste es el final del camino...—soltó el asesino con una sonrisa miserable, como quien espera ya su momento definitivo. De pronto, dos gruesas lágrimas emergieron de su rostro, y el rictus del Subsecretario se relajó por la sorpresa.

— Hay mucho que debes explicar, Javier— le habló éste con una voz mucho más suavizada de la que alguien hubiera esperado de la situación-, mucho que debes decirnos.

— Sé que no es necesario— replicó el asesino, mientras sus rodillas comenzaban a doblarse—. Puedes mentirles a todos quienes no te conozcan, Joaquín, pero veo la verdad en ti: has podido reconstruir mis rastros de sangre para darles un sentido. Tú no quieres mi historia porque ya la tienes, lo que ansias es que te la niegue, es que te desmienta. Pero viejo amigo, no puedo...en verdad quisiera poder decirte que todo ha sido un engaño mío desde el principio, pero no puedo.

— ¿Quieres decir que...?

— Sucedió. Y ha sucedido otras veces, y otras cosas. La putrefacción que creímos extinta vive en ellos...y en nosotros. Yo no pude hacer nada por ella, pero tú...

Y los ojos de ambos se volvieron líquidos. Cristalinos.

El Inspector apenas si podía ver entre las gotas de sangre que le empañaban la vista; con un gran esfuerzo podía mantener la cabeza lo suficientemente erguida como para ver al hombre que había perseguido por tantos meses; la presión ejercida por el pie de aquel desconocido era dolorosísima, sentía que si éste quisiera, podría romperle el pescuezo como quien arranca una maleza, y aún así, pujaba por ver la escena que

tendía a culminar su odisea, su tragedia griega.

Aunque aquí encontrase su abrupto final, el Inspector prefería caer al vacío sabiendo las razones del verdugo, del despreciable ser que aterró a toda una ciudad. El asesino había sido tan brutal como escurridizo, tan enigmático como sádico; era incomprensible que ahora tendiera a arrodillarse y a mostrar una lágrima de cocodrilo.

— Quiero...entender...saber...— soltó con la última voz que pudo expulsar antes que el Prétor le cortara la respiración. Con su conciencia desvaneciéndose, alcanzo a ver cómo el Subsecretario se acercaba al infeliz.

", se preguntó el Prétor tras haber noqueado al civil inútil. La ira que había acumulado estos meses no podía ahora disiparse con facilidad; sólo esto explicaba la fuerza innecesaria que había ocupado en neutralizar al Inspector. Su interés y su convicción, sin embargo, no podían ser perturbados: la presa que había estado rastreando todo este tiempo parecía rendirse frente al patético del Subsecretario, que parecía entenderse demasiado bien con el traidor.

¿Qué estaban conversando? ¿Qué sabía o había entendido el simplón ese sobre el asqueroso doble agente? Necesitaba respuestas, tanto para poder ejecutar con probada razón a su víctima, como para deshacerse del entrometido de Murieta. Sin pensárselo y dejando tirado al Inspector, sacó su arma de servicio, sin saber a cuál de los otros dos hombres apuntar primero.

El Subsecretario puso su arma en la frente de Javier. Tiritaba. Un frío dolor comenzaba a impregnarlo, a entumecerle no sólo el cuerpo, sino también a parte de su mente; sus pensamientos se polarizaban frente a la decisión que debía tomar en este preciso momento, y que él hubiera preferido jamás haber tenido la oportunidad. ¿Debía vivir? ¿Debía morir?

Súbitamente, un recuerdo banal explotó en su cerebro; una tarde de lluvia alrededor de un mísero brasero, un vino rancio siendo bebido a partes iguales. Una conversación completamente fugaz, y un sueño ingenuo, pero compartido. Regresó al tiempo presente, en el que el asesino había cerrado sus ojos y había terminado por arrodillarse. ¿Qué era esta expresión en su rostro? ¿Acaso sonreía, pese a todo? Sus manos acariciaban la tierra a su alrededor, mientras el Prétor caminaba a paso firme contra ellos, habiéndose armado primero. No quedaba tiempo para

más dudas.

Había tomado ya su decisión.

Capítulo 2

Adjudicado

Vanessa Mercado creyó haber entrado en una habitación diferente, en un momento y un mundo completamente diferentes a los que había estado acostumbrada durante todo este tiempo dentro de la Policía Civil. Normalmente, la Cámara era, por lejos, el lugar menos atractivo de todo el cuartel; semana por medio servía como una pequeña salita de reuniones donde eran recibidos niños de las escuelas cercanas y voluntarios de las campañas de cuidado y prevención del Ministerio de Salud. Sin ir más lejos, ella misma fue usada como un conejillo de indias para demostrarle a desinteresados escolares cómo uno debía lavarse correctamente los dientes. Aún tenía la pasta dental de regalo en su chaqueta.

Una de las políticas elementales de la institución era mantener estrechos lazos con la comunidad; *Vinculación con el Medio*, era la expresión exacta, y cuando no había casos que requirieran el uso de todos los agentes en servicio (lo que no era extraño considerando que normalmente los tribunales de justicia preferían que la Dirección de Inteligencia o la Policía Estatal se hiciesen cargo de los casos más complejos), la oficialidad de la Policía Civil en descanso participaba en estos talleres que se hacían en recintos (y a coste del presupuesto) de la institución. *Simple, banal, innecesario*, ellos soportaban de buena gana que las otras ramas de las Fuerzas Armadas les menospreciaran por estos gestos complacientes con la opinión pública.

En cualquier caso, estas instancias servían para intentar darle un poco de alegría a los estudiantes que podían evitar hallarse absortos frente a todos esos aparatejos que acostumbran a portar como si de la billetera se tratase, y de forma subterránea, estas visitas servían bastante bien para desestresar a los agentes que se hubiesen involucrado en alguna situación traumática o demasiado complicada.

Por eso Vanessa estaba tan sorprendida del ambiente que, tras cerrar la puerta, imbuía toda la Cámara. Sin arreglos ni ornamentaciones, sin música alegre, ventanas bloqueadas, completamente a oscuras salvo la potente luz del proyector que no mostraba precisamente la linda caricatura de un pobre diente con caries. Alrededor del podio se encontraba buena parte de los agentes más experimentados que había conocido en estos tres años como subinspectora, y todos ellos tenían una expresión que denotaba una profunda introspección: ninguno de ellos

sabía lo que estaba pasando.

Y en el podio, el *Viejo* releía sus notas con el deseo de retomar la reunión. En realidad, no lo reconoció de inmediato; el Comisario Sáez no se dejaba ver a menudo por el cuartel, pues se lo pasaba entre reuniones relacionadas a la Central y a las altas relaciones políticas que se daban entre la Policía Civil y la Estatal y las otras ramas. Era un burócrata empedernido que gustaba de estar en su oficina, y nada más, y que sólo se dejaba ver cuando era estrictamente necesaria su presencia. Para todo lo demás, su secretaria actuaba como chaleco antibalas con la excusa de siempre: "*Ya se las podrán arreglar solos*".

— Mercado, ¿Va a sentarse de una buena vez o quiere que este vejestorio le lleve una silla?— soltó el Viejo con su voz carrasposa. Impávida, Vanessa se sentó en lo primero que encontró, y vio como el Comisario entrecerraba los ojos de forma amenazante. Alguien iba a ser amonestada tras la reunión.

Entonces el Viejo volvió a tomar sus hojas raídas que el llamaba notas de investigación, y cambió la imagen del proyector. Retomó en algún punto el relato que había comenzado poco antes del ingreso de la subinspectora, mientras algunos prefirieron desviar suavemente la mirada, a propósito de la desagradable escena:

Como ya les había mencionado, el ex-senador Sanfuentes había sido un respetable parlamentario del antiguo régimen, oficialista químicamente puro que es recordado principalmente por haber retrasado la Transición hasta que la purga de los grupúsculos hubiera terminado, sin olvidar sus discursos relacionados a los enemigos internos del país y la imperiosidad de su destrucción. Más allá de todo el entramado político que no nos interesa (...por ahora), Sanfuentes era un peso pesado y blindado por el Ejército, circunstancia que no impidió que fuera encontrado en la madrugada de hoy, de la manera poco glamorosa que pueden ver en la diapositiva...

Sin orejas. Fue lo primero que llamó la atención de Vanessa e hizo que de forma refleja se tocara las suyas para constatar que éstas seguían ahí, porque las de Sanfuentes no parecían haber sido cortadas o cercenadas; más bien parecían haber sufrido una torsión terrible, al punto de ser arrancadas desde el lóbulo hacia arriba. Sin los moretones que obstruían la cara del extinto honorable era fácil prever que la expresión del mismo era la del dolor y el horror en carne viva, o muerta siendo coherentes con la imagen.

El occiso se encontraba sentado toscamente sobre una cama empapada en lo que debía de ser su sangre; la superficie del lecho mostraba evidentes signos de forcejeo, unas cuerdas se dejaban ver entre las sábanas, mas no había en la imagen señas sobre la causa de muerte

exacta del honorable. El Viejo volvió a revisar sus notas.

— No se ve en la imagen por la postura del cuerpo, pero bajo la camisa de Sanfuentes hay varios impactos de bala deliberadamente dados en el riñón derecho, el único que estaba plenamente funcionando en su cuerpo con sus 76 años. La hemorragia interna terminó de matarlo a eso de las 5:30 de la mañana según los peritajes preliminares, es decir, poco más de una hora antes de ser encontrado.

— ¿Cómo llegaron a él, Comisario?- preguntó uno de los agentes mientras estudiaba la imagen con evidente tensión—. ¿Hubo un testigo o el propio asesino lo informó?

— En teoría, ninguna de las dos. Sanfuentes llamó a su residencia a las 6:20 de esta mañana, diciendo que estaba sano y salvo y que había pasado la noche en la dirección del hostel en el que fue encontrado....sí, a mi también me pareció extraño, pero la propia esposa me confirmó lo que les estoy diciendo, ella fue quien contestó esa llamada.

Los agentes que tenían algunas ideas sobre cómo pudo suceder esto se abstuvieron de comentar algo cuando el Inspector Briton tomó la palabra de forma súbita. Vanessa ya había pensado en una posible solución pero prefirió escuchar la conversación adyacente.

— ¿Por qué estamos escuchando los detalles de este caso, Comisario?

— ¿No es obvio? El Gobierno declaró a la Policía Estatal y a las otras ramas como incompetentes en este caso debido a que Sanfuentes estaba bajo su vigilancia estricta y aún así pudieron matarle. El Ministerio me lo acaba de confirmar hace unos veinticinco minutos: la muerte de Sanfuentes ha quedado bajo nuestra jurisdicción y ésta es la sesión inaugural para resolverlo con extrema celeridad.

Muchos quedaron algo extrañados; claramente no porque les confiaran un caso de este calibre, lo que había ocurrido varias veces. Era el número de agentes que fueron convocados con este propósito lo inusual, y se lo manifestaron al Comisario. Éste miró a los doce presentes y aunque al principio les recriminó con la mirada su supuesta lentitud, luego recordó.

— ¡Claro!, no se los mencioné al principio. Sanfuentes es historia, es cuestión de hallar al responsable y ahí acabaría todo...si sólo fuera Sanfuentes. Ardoza, un ex-ministro del régimen, también se encuentra desaparecido, desde esta mañana. Y esta vez, tenemos una carta.

Y pasó a la siguiente diapositiva.

Si te interesó o gustó la historia, sería genial que me lo comentaras o hicieras esa cosa del aplausómetro >< En los próximos días publicaré la continuación de esta escena, nos vemos!

Capítulo 3

Penitencia

"Elisia, existen dos cosas que tengo permitido decirte. La primera es que te amo, siempre lo hice y pese a todo lo que termines descubriendo, nunca dejé de hacerlo. Eso no quita que puedas dudar de mí, como supongo que lo harás. La segunda es que, para ti, mi sentimiento de arrepentimiento es completamente sincero. Me arrepiento, y si pudiese volver y no cometer los mismos errores, te juro que lo haría. NO ES POSIBLE.

Para el resto de ustedes, el mensaje que tengo permitido es que el Manto será destruido. Y con él, el sistema que hemos forjado. SE PUDRIRÁN".

— Al parecer alguien no se portó del todo bien con su esposa, ¿no?— preguntó *Pequeña Fidelidad* tras haber leído la carta del ministro Ardoza, regresándola luego al expediente. Lo habían recibido apenas salido el sol, junto con la orden firmada de investigación, y la notificación del carácter prioritario de la misma. Sentados frente a la entrada del cementerio junto a su superior, *Fidelidad* se acariciaba el cabello, esperando alguna reacción de parte de él.

— ¿A qué crees que se refiera?— soltó el Subsecretario mientras parecía dormitar, manteniendo los ojos cerrados y una posición erguida sobre la banca en la que esperaban. Sin obtener respuesta, terminó por voltearse a mirar a su edecán, que sonrió en cuanto sus ojos se encontraron.

— ¡¿Ya era hora que me mirase no cree?! Me niego a aceptar mi responsabilidad en que nos hayan metido en este enredo sólo porque acepté el expediente sin verlo.

— Omitiré comentarios sobre aquello, Paulina. Te pregunté sobre qué crees que quiso decir Ardoza.

— Oh bien— y ella se levantó, dando una pequeña vuelta-, para empezar tengo mis dudas sobre si fue el ex-ministro el que pudo haber escrito esto.

— No hace falta sospechar— replicó el Subsecretario, mientras sacaba una hoja amarillenta de su abrigo-, comparé una orden ejecutiva que encontré en nuestro despacho con la carta y son bastante coincidentes las letras, aunque la más reciente es también la más temblorosa. Asumo que es por el miedo o el dolor que pudo haber estado sufriendo en ese instante.

— Quizás sólo tenía frío, no todo tiene que ser oscuro o tormentoso— expresó en son de broma y el Subsecretario le lanzó una

mirada reprobatoria—. Vale, vale, me contendré un rato. En cualquier caso— y adoptó entonces una expresión mucho más seria—, el secuestrador estuvo al tanto de esta misiva, la revisó y estuvo de acuerdo en hacerla llegar a la esposa, y en definitiva, a nosotros.

— Concuero. El mensaje del primer párrafo parecer ser bastante sincero, aunque no sabremos de qué se trata a través de la esposa, eso es seguro.

— ¿Un secreto relacionado con el ? Eso podría ser...ioh! Ya abrieron, Subsecretario.

Cada cierto tiempo, el Subsecretario visitaba este cementerio, no como cábala, sino más bien como penitencia. No era ni el más grande, ni el más conocido, y mucho menos el mejor cuidado de la ciudad, y quizás por ello habían decidido dejarlo aquí, para que el recuerdo se perdiese y no hubiera quien rememorara su tránsito terrenal. Pero él si les recordaba.

No había sido su mano la que había apretado el gatillo, pero había sido su mente y su voluntad lo que les llevó a morir esas noches de verano, tres años atrás. Guardaba una pequeña foto en la que la mayoría aparecían plenamente confiados en el resultado de su aventura, que él se encargó luego de extinguir con celeridad; la sonrisa se les esfumó con el primer viento de febrero.

Pequeña Fidelidad caminaba unos pasos detrás de él, y no podía evitar entristecerse también con cada visita. Ella le conoció cuando la depresión era aún mayor, cuando Joaquín Murieta apenas si tenía ánimo para levantarse y cumplir con lo que solicitaban desde arriba; seguía siendo un hombre adolorido, pero que ahora al menos podía sonreír de vez en cuando y mantener esa fachada. Ahora, enfrentado a la silenciosa presencia de una placa oxidada, el Subsecretario sólo se quedaba de pie por largos minutos, y nada más.

— Si habla del *Manto* necesariamente sabe de la existencia de todos nosotros— dijo de pronto y Paulina se acercó presurosa, pues no siempre continuaba una conversación cuando se encontraban aquí.

— ¿Habría que considerar eso bueno o malo?

— Depende mucho de cuán involucrado esté y de quién se trate. El implica un secreto casi religioso para algunos fanáticos, o una mentira barata para los más escépticos. Si es un pez gordo, probablemente lo mantendría lejos de la opinión pública; si no, desvelar la existencia del entramado sería su último cartucho.

Y volvió a guardar un silencio sepulcral durante poco más de diez minutos, con *Pequeña Fidelidad* observándolo, acongojada. Pasado ese tiempo,

hicieron el camino de vuelta, en el que el Subsecretario tendía a volver a un ánimo más apacible, aunque evidentemente más apagado que de costumbre. Hacía meses que ella había pugnado con él para que abandonara este hábito que a todas luces resultaba desastroso para su psiquis. Intentos inútiles, por lo demás.

Afuera del cementerio se establecían pequeñas e improvisadas florerías que vendían a módicos precios ramos preparados al momento. Al Subsecretario no le agradaban mucho las floristas que atendían, y a Pequeña Fidelidad le daba alergia el exceso de polen en el ambiente, y aún así, con frecuencia se quedaban mirando los pétalos más coloridos de cada tiendecilla. Además de las flores, abundaban los tarros llenos de agua, y montones de periódicos viejos que bien servían para envolver los ramos, secar el agua caída y encender el carbón que en los braseros ayudaba a capear en algo el frío matutino.

Una portada de esos periódicos olvidados, irónicamente, mostraba al ministro Ardoza enarbolando una bandera del régimen, tras el atentado de 1986, clamando por la captura de los involucrados. Habían pasado casi 7 años de aquello, y con dificultad, Pequeña Fidelidad pudo reconstruir con sus confusos recuerdos, el recorrido de ellos dos hasta el presente.

Decidí incorporar estos personajes antes de continuar con los agentes ya que considero muy importante comprender el mundo en el que se enmarca la historia antes de complejizarla como es debido; el siguiente tratará sobre el paso de esos siete años, y el subsiguiente nos llevará a las primeras indagaciones de la Policía Civil

Capítulo 4

Reclamación

— ¿Mamá, qué es... "Re-cla-ma-ción"?— preguntó la niña y la mamá cerró la llave del lavaplatos un poco más lento de lo habitual. Se volvió a mirarla, y ella estaba con el cuaderno de Historia abierto, un lápiz grafito, con la expresión de quien espera un dictado. La madre revolvió, nerviosa, buscando un paño con el cual secarse, y entonces se devolvió donde su hija.

— ¿A qué viene esa pregunta, Nadia?— consultó mientras le ordenaba el pelo que ya tenía algo enmarañado. La niña reiteró como quien repite algo innecesario.

— Reclama-ción, Reclamación, eso. Esa palabra. ¿Sabes qué significa mamita?

— Bueno, pues sí. ¿Por qué preguntas?

— Es una tarea que envió el viej... el profesor de Historia. Se supone que debemos preguntarles a nuestros padres, aunque solo tú estás ahora, papá volverá en unas dos semanas y así no me sirve.

— Entiendo... ¿y por qué les pidió esa tarea exactamente?

— Ni idea, yo cumplo con hacerla no más, tú sabes que Historia nunca me ha gustado mucho por las fechas y todo eso. ¿Me dictas entonces?— y volvió a adoptar la posición para escribir lo que su madre le dijese.

Ella sabía exactamente a qué se refería el término "Reclamación", y quizás por ello le costaba darle una definición concreta. No era una cosa, ni tampoco una fecha en específico, ni mucho menos algo que se pudiese contar tan livianamente. Por eso dudaba. Porque aquella sencilla palabra involucraba muchas cosas de las cuales Nadia no tenía razón para enterarse, como por ejemplo, por qué sus abuelos ya no vivían juntos, o por qué uno de ellos tenía un bastón, o por qué ella y su hija vivían ahora en la Ciudad del Sur cuando su familia siempre había sido oriunda del Distrito Central.

La madre misma no tenía claras muchas cosas; su paso por la escolarización omitió muchos detalles de la historia que fue armando a medida que crecía y que escuchaba de sus mayores, de lo que gritaban en la calle, de los múltiples panfletos que vio lanzados de edificios, repartidos en las plazas. La Reclamación marcó un giro extraño en la vida de todo, y

en la mayoría de los casos nunca fue para mejor, sino todo lo contrario.

Cuando el general Garté se impuso sobre los moderados hubo mucha gente que reaccionó, o que quiso reaccionar, aunque ya se sabía que la dictadura no podría acabar simplemente con que él hubiese abdicado, o al menos aceptado la derrota a la consulta estatal. Durante los tres años siguientes se encargó por todos los medios de eliminar a sus posibles contrincantes con los que habría de disputar los cargos de poder cuando las elecciones volviesen a ser libres; preparó también a los posibles candidatos al potencial parlamento que se tendría que elegir, y todas las reparticiones públicas fueron revisadas, censuradas y purgadas de *elementos* que no se consideraran plenamente leales. El abuelo de Nadia perdió su trabajo a raíz de esto, aunque como en su caso, la gran mayoría de los sucesos de este periodo se dieron dentro de una relativa calma, de forma pacífica.

Todo cambió con la Reclamación. El general Garté fue asesinado en un incidente tan confuso que la prensa y los medios del gobierno nunca hacen referencia a ella, al igual que la inexplicable y horrorosa reacción de sus "leales". Tres mil personas muertas, otras dos mil sin paradero conocido y alrededor de 6000 interrogados con todos los medios, ilegítimos incluidos. El abuelo no volvió a caminar sin ayuda después de las 4 horas de interrogatorio, ni tampoco volvió a hablar de algo relacionado. Fue después de eso que se cambiaron de casa a la Ciudad del Sur.

Durante casi un lustro les invadió a todos un sentimiento de congoja, un miedo inusitado a todo lo relacionado a la Reclamación; no había nadie que no tuviese una historia sobre la misma, sobre un amigo o un pariente, o el pariente de un amigo, que hubiese vivido un evento doloroso o extraño por esos años. La vida continuó, sin embargo, pese a todo. Como decían los viejos "*no importa quién esté en el gobierno, mañana había que levantarse a trabajar igual*". Y así había sido hasta ahora.

Pero todavía existía algo. Aunque las cosas se habían vuelto menos oscuras, y el gobierno se había abierto un poco para el resto de las personas, hace tres años la demostración de que ese odio y animadversión persistía se hicieron patentes, cerca de una plaza poco concurrida del Distrito Central. 15 personas, la mayoría jóvenes, habían sido encontradas muertas, o mejor dicho, asesinadas. La televisión y los periódicos de esos años mencionaron la versión más *creíble*: que había sido un suicidio ritual como había ocurrido en otros países, que sólo eran fanáticos religiosos perdiendo su tiempo en cultos inventados. Para nadie era sorpresa que era una mentira.

— ¿Mamá? ¿Pasa algo?— le tomó de la mano la niña mientras le

acariciaba el rostro—, ¿estás enojada?

— No mi amor, no sucede nada; estaba pensando que podíamos comer a la tarde. Algo bien rico, tenemos una visita ilustre esta vez.

— ¿Es papá? ¡Yupi! Díctame luego para poder ayudarte con lo de la once entonces mamá.

— Está bien, está bien. Empieza a escribir ahora: "Reclamación fue un periodo..."

Iba a decirle la versión neutral que había escuchado cada vez que algún personero del gobierno tenía que referirse al pasado. Ella seguía preguntándose que había sido realmente la Reclamación, por qué les había afectado tanto y por qué seguían siendo perseguidos por ella. No era normal que su esposo regresase antes de lo que siempre tenía presupuestado, y ella sólo podía pensar en una cosa: algo había aparecido, un evento peligroso. La sombra seguía expandiéndose, incluso en la última ciudad del Estado.

** Algo complejo y aburrido, ¿no? Los contextos no siempre son demasiado atractivos, pero vaya que nos ayudan a entender el comportamiento de los personajes, y particularmente estos tres tendrán mucho que decir en el futuro**

Capítulo 5

D´France (Parte I)

- ¿Y la razón por la cual no comes carne es...?
- Simples convicciones personales.

Vanessa estaba en un lugar en el que nunca había entrado, con una persona con la que nunca había compartido lo que se pudiera llamar una amigable relación estrictamente laboral. Pero aquí estaba, sentada junto al inspector Briton, cercanos a las doce de la noche en un bar sombrío que quedaba afueras de la ciudad. Él se estaba sirviendo un plato típico de la zona, mientras que ella sólo comía unas papas fritas, en coherencia a su autoprohibición de no comer nada de origen animal. Briton parecía sentirse algo incómodo a medida que iba comiendo de su plato y ya tres veces le había ofrecido alguna cosa más, a lo que ella declinaba cada vez más incomoda también.

Saéz les había encomendado a cada pareja un objetivo diferente a fin de conseguir la mayor cantidad de información durante los próximos dos días. Unos fueron enviados a recolectar datos y documentos de Sanfuentes que hubiera en las oficinas en las que trabajaba, otros a la casa de Ardoza para tomar algunas declaraciones, principalmente a la esposa que era directamente aludida en las cartas; otros debían comprobar la fiabilidad de los peritajes, del cuerpo y de la carta, y en el caso de Mercado y el inspector, se les confió investigar el contexto de la escena del crimen de Sanfuentes.

El hotel D´France, hotel en el que fue encontrado el cuerpo sin vida del ex-senador Sanfuentes, no tuvo ningún cambio en su funcionamiento pese a que un asesinato se había realizado en sus dependencias. De antemano, Briton y Mercado tuvieron conocimiento de que el dueño del hotel prácticamente nunca se encontraba en la Ciudad del Sur, y que el edificio era regentado por el Administrador, Mauricio Olivares, el que con afabilidad les otorgó una hora para conversar con él cuando el hotel entraba en funcionamiento.

Quizás eso era lo más extraño del hotel: sólo atendía desde las 11 de la noche hasta las 9 de la mañana del día siguiente. Bajo esas circunstancias, como apuntó Vanessa, el asesino y Sanfuentes tuvieron que haber llegado entre ese lapso de tiempo, y existiría un registro de lo mismo ya que las habitaciones del hotel sólo pueden solicitarse personalmente, siendo los ocupantes individualizados. Así, junto al

nombre de Sanfuentes se encontraría el de su victimario.

— Eso si el administrador coopera con nosotros, por supuesto— replicó entonces Briton, mientras salían del *Noctífago*, como se llamaba el local por el cual habían pasado antes de salir al hotel.

— ¿Crees que se negaría? Podemos obtener una orden judicial sin problemas si ese fuera el caso.

— Lo que nos ayudaría siempre y cuando no se manipularan los registros de los solicitantes. Ya hemos tenido varios incidentes con empresarios que se han negado a entregar información, escondiéndola o destruyéndola incluso.

— No debería ser este el caso, ¿no?— dijo Mercado mientras se sobaba las manos por el frío sureño. El invierno había estado recrudeciendo estos días y pensó ella que no se había abrigado lo suficiente para esta salida. Briton no dijo nada, dejando la sensación de que no estaba de acuerdo con la optimista visión de la detective.

D´France intentaba simular una suerte de casa patronal cercana a la periferia de la ciudad. Era un edificio bastante grande, que ocupaba poco más de un cuarto de una cuadra, con tres pisos de altura. Los policías se miraron dándose confianza mientras un viejo algo pasado de copas les hacía señas obscenas para ellos dos y sonreía con algunos dientes faltantes; Briton mostró la placa de la Policía Civil y el intemperante se retiró raudamente hacia el interior del hotel. Parecía un visitante habitual del mismo, porque el joven encargado de la puerta le dejó pasar y le saludó familiarmente. Entraron.

Lo primero que observaron fue un vestíbulo bastante bien decorado, sobrio, en tonos entre dorados y grisáceos que iluminados tenuemente por lámparas que denotaban bastante antigüedad, le otorgaban al conjunto un aire sereno, pausado. El mismo joven que había recibido al borracho les consultó ásperamente que a quién buscaban; al parecer ya había visto que no eran simples viajeros solicitantes de asilo.

— Hablamos con tu jefe hoy en la tarde—le aclaró Briton desde el inicio—, y nos concedió una pequeña visita personal.

El joven relajó entonces el tono y les guió hacia dentro. Mercado volvió a mirar al inspector, quien asintió: un comportamiento extraño ya desde el inicio no auguraba nada bueno, decía la experiencia policíaca. El mozo les indicó, llegando al Hall del edificio, que estaba magníficamente ornamentado por cierto, la sala-escritorio que el administrador utilizaba

como oficina.

Mercado y Briton caminaron hacia la puerta, pero antes de tocar alcanzaron a escuchar del otro lado:

— ...no tenemos negocios con la organización desde hace mucho, ni los volveremos a tener.

— Esto es grave y lo sabes, Mauricio. No se trata de ellos, sino de nosotros y de...

— Esta conversación está siendo escuchada, caballeros— interrumpió entonces una dulce voz femenina. Oyeron los agentes algunos murmullos, nada audible, y la puerta se abrió de par en par.

Este capítulo deja abierto a dos caminos: puede continuarse tal cual, o tomar la conversación que fue escuchada por los agentes. En cualquier caso, espero ambos puedan ser interesantes para el lector

Capítulo 6

D´France (Parte II)

Mercado atinó a sonreír, Briton miró con inquisición a las tres personas que estaban en el interior. El hombre que estaba tras el escritorio (asumiendo que era Olivares, el administrador), sonrió como quién se ve atrapado en alguna travesura, que contrastaban la gravedad en el rostro de sus acompañantes. El primero era un hombre un poco mayor que el inspector, un poco más fornido aunque también más bajo. Vestía un abrigo notoriamente viejo, mas bien cuidado, y lo principal eran sus ojos; expresaban una naturaleza impenetrable, inmovible, y ciertamente hostil, además. Era un enemigo en potencia, o por lo menos parecía estar fuertemente a la defensiva.

Su acompañante, por otro lado, imbuía al ambiente una agradable calidez, aunque al igual que el hombre hostil, también representaba facciones que con dificultad disimulaban lo tenso del ambiente que se acababa de quebrar; aún así, sus ojos marrón eran clarísimos y profundos, y su pelo tomado formaba un moño perfecto. Mientras que el hombre parecía apretar con violencia su mandíbula, la joven sonreía delicadamente, y unos hoyuelos casi imperceptibles adornaban sus mejillas, rosadas y expresivas.

— No pensé que necesitaban esta reunión con tanta urgencia como para interrumpir mi plática con viejos amigos, agentes— soltó entonces Olivares, poniéndose de pie y caminando para saludar a los que recién entraban, mientras seguía con la mirada a los antiguos, que se retiraban en silencio.

— Podemos retirarnos y volver dentro de un rato más.

— No hace falta señorita...¿Mercado? Mis amigos ya abandonaban este hotel, ¿no es así?

— Agradecemos su hospitalidad, don Mauricio— fue lo único que dijo la joven con un pequeño movimiento de la cabeza; el hombre ya se había retirado a paso veloz de la oficina.

La puerta se cerró tras ellos.

— En verdad lamentamos haberle importunado— se disculpó genuinamente Mercado, mientras tomaban asiento y aceptaban del licor que les ofreció el administrador. Olivares hizo ademán de la poca importancia de lo que había ocurrido y les conminó a centrarse en la

conversación presente.

Mientras la charla avanzaba, los agentes no pudieron evitar pensar que Olivares había practicado buena parte de las respuestas que le solicitaron sobre las circunstancias de la muerte de Sanfuentes; sus frases eran automáticas, y sobre todo, asépticas, no ofrecían más que lo factual del asunto, lo que cualquier agente hubiera esperado escuchar para rellenar informes. En otras palabras, bien podía estar mintiendo deliberadamente.

— ¿Qué relación tenía usted con Sanfuentes?

— Una estrictamente comercial, por supuesto. El ex-senador a veces solicitaba nuestras dependencias para eventos relacionados a su círculo político, de forma principal, y celebraciones personales de forma ocasional.

— ¿Nunca tuvo problemas con el difunto? ¿Nunca tuvo conciencia o al menos nociones de que éste tenía problemas con terceros?

— Sólo los problemas que pueden tener los políticos; algunas discusiones menores que se resolvían fácilmente accediendo al bar de nuestro hotel. De forma personal, nada digno de comentar.

— ¿Le importó en algo la muerte de Sanfuentes?— preguntó de pronto Mercado, saltándose las preguntas ya formuladas durante la tarde, y Olivares reaccionó. Riéndose.

— Por fin hacen preguntas interesantes, agentes— tomó un sorbo importante de alcohol y relleno su vaso—, la verdad es que no me va ni me viene, perdonen la expresión, que el ex-senador ya no esté con nosotros. Nunca voté por él ni me importó todo lo que haya hecho, aunque cualquiera prefiere que las personas mueran de forma agradable. E idealmente lejos de nuestra fuente de trabajo.

— ¿No afectó en el funcionamiento del hotel que el cuerpo haya sido encontrado en una de sus habitaciones?— continuó Briton con las preguntas seleccionadas; dio una mirada de reprobación a Mercado, quien no se dio por aludida.

— Se nota bastante poco; los amigos de Sanfuentes, u operadores políticos suyos, por razones obvias, ya no han aparecido por aquí; asumo que nadie quiere ser involucrado, con o sin razón. El resto de mis clientes fluye normalmente.

La ronda de preguntas continuó como estaba planificado, y obtuvieron la información que esperaban recolectar, ninguna sorpresa o dato inesperado emergió de esta parte de la reunión. Solicitaron entonces los agentes los

materiales que habrían de ocupar como evidencia adicional en el caso, y entonces los inconvenientes que Briton había imaginado aparecieron. Primero, esperaban encontrar en la solicitud de habitación del hotel los nombres tanto de Sanfuentes como de su posible victimario: Sanfuentes se registró sin compañía. Segundo, los agentes solicitaron entonces los videos de seguridad con los que, en teoría, contaba el D´France: nada de eso, todas estas grabaciones expedían al día siguiente, siendo eliminadas.

— ¿Va a decirnos que no sabía que íbamos a requerir esas imágenes? Cualquiera podría señalar esto como una obstrucción a la justicia, señor Olivares— espetó con una falsa molestia el inspector Briton.

— Nuestro protocolo es inflexible, Inspector. Nuestros registros se resetean cada 24 horas sin importar las razones por las cuales no deberíamos hacerlo— le indicó afablemente el administrador mientras miraba el reloj; la hora de los agentes se agotaba.

— ¡Oh vamos, señor! ¿Cuántos tribunales se creerían esa estupidez?— presionó un poco más Briton.

— ¿Esa es una amenaza? Creo que nuestra conversación tendrá que ser dada por concluida, inspector.

"Está respondiendo tal y como cualquier persona esperaría" masculló en sus adentros Briton; si este sujeto sabía algo que fuese en verdad relevante y no sólo la paja molida que entregó entre sonrisitas complacientes, éste era el momento para sonsacárselo; pese a ello, a él no se le ocurría alguna forma salvo presionando y esperando que Olivares dejase alguna apertura por la cual pasar tras el muro de respuestas prefabricadas con la que les había esperado a ambos. Miró a Mercado a fin de hacerle entender que estaban perdiendo el interrogatorio; Vanessa estaba con la cabeza gacha, apoyada entre los brazos que descansaban sobre la mesa, en una posición en la que cualquiera diría que dormitaba.

Y efectivamente, despertó.

— ¿Por qué es tan grave entonces?— preguntó de repente, y Olivares se tomó sus buenos segundos en enlazar una pregunta que aparecía inconexa, hasta que le halló el sentido. Su entrecejo se tensó levemente.

— No creí que la Policía Civil tenía como fuentes de información válidas las conversaciones privadas de las personas...

— ¿Por qué es tan grave la muerte de una persona que no es importante para usted?— reiteró la pregunta y Olivares inspiró.

— Implica varias cosas, jovencita... para empezar, nadie ha muerto por razones políticas desde la Reclamación. Que un personaje como Sanfuentes haya sido torturado expresa un sentimiento genuino de venganza. Muchos de nosotros— y pareció recordar algunos episodios—, tuvimos un paso difícil por ese período y...

Olivares se detuvo a sí mismo. De pronto había soltado un montón de información que claramente no había preparado de antemano; era el resultado de haberse contactado antes con esas dos personas que se habían ido hace una hora atrás. Aunque se mostrase calculadamente eficaz en sus respuestas, seguía pensando en lo que no les dijo a sus anteriores invitados. Se levantó y dio un pequeño paseo frente a los agentes que esta vez sí se miraron con complicidad: Olivares se había dejado mostrar natural esta vez.

— Respondiendo a su pregunta, agente Mercado: la muerte de Sanfuentes no me afecta, pero pertenece a un patrón que era común hace algunos años atrás, no ahora. Quizás eso sea grave para esas personas.

— ¿Sería usted tan amable de recomendarme a alguien de esas personas, señor Olivares?— le pidió Vanessa, y Briton no entendió exactamente qué había pasado aunque entendía que ella había obtenido algo, por lo que no intervino.

El administrador sacó una pequeña agenda de la cual rasgó un trozo de papel sobre el que escribió un nombre y una dirección, tras lo que se la entregó a la agente. Vanessa la recibió agradecida y le tendió la mano a Olivares, quien se despidió con naturalidad. Había vuelto a mostrarse seguro y preparado en sus movimientos, pidiéndole con dulzura que Mercado y Briton se retiraran. Ambos lo hicieron casi en silencio.

— ¿Qué fue lo que ocurrió?— exigió saber Briton saliendo del hotel. Vanessa releía el papel de Olivares.

— Sinceramente, inspector, su charla con él estaba aburriéndome. Sobre todo el tono de voz y la calma con la cual estaba hablando ya me estaban hartando; entonces recordé que con las personas que estaba antes sonaba diferente, mucho más enérgico, más vivo.

— ¿Querías verlo en ese estado?

— Sí; a decir verdad, detesto a las personas que fingen el control total de sí mismas. Pensé que si se había puesto así con lo que sea que estuvieran conversando antes, podría removerlo un poco con aquello.

— No tiene demasiada lógica, ¿sabes?— dijo el inspector algo ofuscado por no comprender—. En cualquier caso, obtuvimos algo sobre lo cual comenzar a pensar las aristas del caso. Los casos de Sanfuentes y Ardoza se unen plenamente si el nexa tienen relación con la Reclamación, y eso nos da un poco de horizonte sobre cuándo investigar. ¿Qué dice el papel?

— Los Avellanos #1254, Rolando Álvarez.

Y hacia allá se dirigieron.

Capítulo 7

Hogar frágil

—¿Y la niña?— preguntó el hombre mientras se sacaba los zapatos y los ponía cerca del fuego. La mujer le trajo un abrigador polerón para que recuperase la temperatura tras su viaje nocturno al hogar.

— Te esperó todo lo que pudo, pero le ganó el sueño—, contestó ella con ternura—, estaba muy contenta por verte Rodrigo.

Ambos sonrieron y pasaron a la mesa. Comieron durante un buen rato en silencio mientras se miraban y sonreían, casi sin razón, mientras miraban lo que permitía el comedor. Ollas amontonadas, loza a medio lavar, los típicos envoltorios de alimentos congelados aún, los pocillos con sal, azúcar y especias varias algo desparramadas las mesitas para cocinar. El hombre se levantó para alcanzar una pieza de pan y la mujer dejó sus cubiertos sobre la mesa.

— ¿A qué has vuelto, Rodrigo?

— ¿Quieres saberlo realmente?— regresó a su asiento, sin el pan—. Habíamos quedado que no deseabas saber mucho más con respecto a las cuestiones del trabajo.

— Me preocupa que hayas vuelto tan repentinamente y me preocupa que sea por algo grave. Eso es todo.

El hombre se levantó, con una expresión que mezclaba molestia y incomodidad, regresando unos segundos más tardes con una carpeta roja. La abrió ceremoniosamente, y buscó entre las hojas sueltas y las fotos un oficio, bastante arrugado. Se lo entregó en las manos a la mujer quien con avidez comenzó a leerlo incluso antes de recibirlo completamente.

— *...ordena al teniente Rodrigo Tejo su repliegue a la Ciudad del Sur, donde será reasignado al escuadrón del Prétor Frías para una misión aún no informada... ¿Qué significa esto? ¿Qué ha pasado?*

— Algunos de la vieja guardia han muerto, eso pasó. Pensaría que es simple exageración de los altos mandos pero si se nombró una pretura para esto es porque saben algo más y no han querido informarlo para evitar confusiones, aunque realmente no tengo idea de nada.

— ¿Y qué pasará contigo, y con nosotros?— preguntó la mujer mientras su preocupación aumentaba drásticamente mientras el hombre se tomaba

largos segundos para responder.

— Esto no tiene nada que ver con ustedes, casi ni siquiera tiene que ver conmigo, pero fui convocado y estoy aquí. Quiero que sepas, que esto no es para parecido a lo de tres años atrás...

A la mujer se le cayó un vaso, y el cristal se repartió en diminutos fragmentos alrededor de la mesa del comedor. Raudamente trajeron pala y escoba y sacaron los restos, pero el hombre comprendió que la reacción de su mujer provenía el recuerdo que éste había hecho escarbar. Hace tres años un horror propio a los días más negros de la Reclamación hizo eco de ese periodo en aquella jornada, cuando más de una docena de jóvenes fueron encontrados muertos, degollados y torturados, dejados los cuerpos en una plazoleta de la Ciudad del Sur. Uno de ellos había sido un íntimo amigo de la familia, y la impotencia, rabia y dolor que le había producido su pérdida seguía afectando a la mujer incluso ahora.

— Sólo no quiero que Nadia pase por lo mismo...— soltó casi con lástima la mujer. El hombre la rodeó en sus brazos mientras ella se esforzaba por no llorar.

— No pasará nada con ella, te lo prometo. Es una sobre reacción de los viejos, es todo... ¿Se habrá despertado con el vaso?

— Quizás, nunca ha tenido el sueño muy pesado... en ese sentido es como tú.

Nadia miraba de reojo tras una puerta como sus padres se besaban; se moría de ganas de abrazar a papá después de tanto tiempo, pero prefería que ellos tuviesen tiempo a solas tras las semanas en las que él no había estado. Tras quedarse unos momentos volvió a subir a su habitación, resguardándose del frío con el recuerdo vívido de su familia reunida y feliz.

Una inocente y frágil imagen que terminaría por quedar sólo así, como un recuerdo.

Capítulo 8

En las sombras

— Gran parte de las sociedades que se han considerado a sí mismas como secretas u ocultas han tenido una extraña manía por posicionar sus lugares de encuentro en las profundidades...— había comenzado a hablar el Subsecretario con ese aire de profesor de Historia. Sinceramente, a *Pequeña Fidelidad* le encantaba cuando éste se ponía en este modo, y normalmente sólo le comentaba algo para que siguiese el juego.

— ¿Alguna razón en específico, profesor?

— Bueno, vamos, no te rías... la razón principal es que ir hacia abajo le da un sentido de protección, de resguardo a aquello que están cuidando o escondiendo; ir abajo implica las profundidades y las sombras, lo que se ha dejado atrás, lo desconocido.

— La ciudad de arriba poco le importa lo que hagamos acá abajo, ¿no? Es increíble que nadie nunca se haya percatado que esto existe bajo el casco histórico— habló ella en serio ahora, mientras el ascensor descendía a la primera planta de Central Temuco.

— Bueno, es un perímetro bien reducido, y han creado todo un entramado legal para evitar que alguien llegase; las compañías de alcantarillado, agua y electricidad fueron obligadas a ceder su jurisdicción al municipio de la ciudad, y éste le entregó las facultades para hacer los trabajos pertinentes a una corporación ligada a la Organización. La ley de 1978 que prohíbe realizar perforaciones y exploraciones suburbanas va en esa misma línea también y...

— Vale, vale, tengo mi límite también cuando se pone así jefe. Además— y su voz se endureció—, nos están esperando.

Un hombre algo regordete se plantó a unos metros de ellos; estaba vestido ceremoniosamente de forma militar en tonos grisáceos con una pequeña estrella fragmentada en las puntas bajo el hombro derecho, además de una pequeña placa que indicaba su rango. Se acercaron a dicho sujeto y el Subsecretario hizo una seña; *Pequeña Fidelidad* sólo asintió suavemente con la cabeza.

— Subsecretario, *Pequeña Fidelidad*, esperaba que llegasen más tarde por todo lo que ha sucedido...sígueme por favor.

Y los tres caminaron por un pasillo largo y completamente oscuro salvo una luz al final. Todo el material, desde el suelo, las paredes hasta el techo, parecía ser de obsidiana negra; un material vítreo oscuro y

atrayente a la vista y al tacto, una suerte de subproducto de las erupciones volcánicas en su última fase. El brillo cristalino le daba al pasillo un aire casi sobrenatural, como quien avanza sobre una caverna. Las sombras se proyectaban cada vez más largas a medida que se acercaban al final del trayecto, y al emerger, un ambiente completamente distinto existía allí.

La primera planta, o como le llamaban muchos, el *Acceso*, normalmente estaba vacía; en el sector central poseía una suerte de salón, en donde numerosas estatuas de héroes antiguos y legendarios en la historia del país se encontraban formando un semicírculo. Más allá, una suerte de podio bastante elevado dominaba buena parte de este espacio despejado, y más allá y de forma concéntrica a este espacio se diseminaban una gran cantidad de pasillos menores que conectaban con despachos, oficinas y salas de reuniones. Pequeña Fidelidad, el Subsecretario y el hombre regordete tomaron una vía a la derecha del podio. En la entrada de ese nuevo pasillo rezaba: Ejecutoría de la Inteligencia.

Ella y él tomaron asiento mientras el hombre cerraba la puerta y se disponía a aumentar la iluminación de esta habitación. Llena de estantes y cajones-archivadores, parecía la oficina cualquiera del más ocupado de los burócratas gubernamentales, y con parsimonia el hombre tomó algunas carpetas que estaban frente al escritorio principal, para luego sentarse frente a sus invitados, adoptando la postura de un alto cargo, pues así era. A su izquierda una puerta entreabierta rechinó ligeramente, mas nadie entró.

— Vayamos al grano, Subsecretario, ¿Qué es lo que debe decirme?— comenzó el hombre que jadeaba ligeramente y buscaba entre sus bolsillos un pañuelo.

— No hay mucho que usted ya no sepa, Ejecutor— el Subsecretario recibió de Pequeña Fidelidad unos papeles entintados, manuscritos— , existen tres víctimas y el victimario (todavía creemos que actúa por sí solo), no ha podido ser atrapado, ni su identidad sigue sin develarse.

— Eso no es precisamente lo que quería escuchar

— Sin embargo...

— ¿Sin embargo...?

— Tengo una pequeña teoría que me gustaría compartir con usted; quizás nos ayude a entender lo que ha estado ocurriendo, Ejecutor.

— El escenario es suyo, adelante.

— Bien. Antes que nada, ¿Conoce usted la historia de los tres monos sabios?

— No me averguenza decir que no tengo ni la menor idea sobre lo que me está queriendo decir; haga como si no supiera y sea exhaustivo para explicar.

— Los tres monos sabios es una historia originaria de China. Los monos Kikazaru, Iwazaru y Mizaru fueron enviados por los dioses para definir y juzgar las bondades y maldades de los hombres, y ejercer premios y castigos contra ellos. Estos tres monos tienen unas particularidades, Kikazaru no escucha, Iwazaru no habla y Mizaru no ve, por lo que los tres debían apoyarse mutuamente para cumplir la tarea que les habían encomendado.

Al Ejecutor le costó sólo unos segundos entender hacia dónde iba el Subsecretario, y mientras adquiría sentido en su cabeza, sus ojos se abrían cada vez más y su entrecejo se fruncía.

— ¿No me está queriendo decir que...?

— Es sólo una teoría, pero teniendo en cuenta las circunstancias de las tres muertes y la historia civil y militar de los difuntos, me temo que no deja de tener sentido. De forma análoga a la historia, uno fue encontrado sin los ojos, otro sin la lengua, y otro sin las orejas.

— ¡¿Nos enfrentamos a un demente, a un psicópata?!— dijo el Ejecutor casi para sí mismo, y extrañamente pareció ser poseído por un subterráneo temor—. ¿Cree que esto pueda ayudar a la investigación entonces, Subsecretario? La verdad es que aunque me sorprende, sigo sin ver el avance.

— Los monos tenían una misión: observar, juzgar y castigar; eran magistrados de los dioses. Algo bastante similar a lo que eran los tres difuntos, durante la Reclamación. Los tres se desempeñaron como magistrados del tribunal especial que se creó para castigar los actos considerados de traición e ilícitos.

— ¿Qué insinúa?— la voz del Ejecutor se endureció. Si hasta ese momento había mantenido una sonrisa tibia desde que los recibió, ahora desapareció por completo. Pequeña Fidelidad comenzó a mirarlo fijamente.

— El asesino pertenece o perteneció a la organización, o al menos, supo de la labor que cumplieron los tres personajes involucrados. Si ese es el caso, podríamos limitar la pérdida de tiempo y recursos en su captura si

accedemos a los datos dentro del Archivo Temporal.

El Ejecutor se levantó. Dio un pequeño paseo mientras revisaba los papeles que había alcanzado a tomar, y luego observó con minuciosidad una bella pintura que resaltaba como lo único "personal" dentro del despacho. Dándole la espalda al Subsecretario comentó:

— Debo recordarle, Subsecretario, que los tres personajes a los cuales usted alude fueron elementos leales en la crisis que enfrentamos hace siete años. Su compromiso para con nosotros está fuera de toda discusión.

— No la he puesto en duda; es quizás el asesino quien no considera que hicieron un buen trabajo.

— Recordarle también que pese a lo lógico que suena, no deja de ser una teoría aquello que me acaba de informar; en ese sentido agradecería no la compartiera con nadie más hasta que podamos contrastarla o confirmarla— el Ejecutor volvió a mostrar esa sonrisa tibia de nuevo y agregó—. Consultaré sobre la posibilidad de acceder a nuestra base de datos, pero no será sencillo ni gratuito: me exigirán antecedentes para darle sustancia a mi petición. Eso implica que siga buscando usted por los medios habituales la información necesaria y continuando con la búsqueda de este asesino. Regresará para reportarme sus avances en tres días más. Eso es todo.

— Hasta entonces, Ejecutor.

Murieta y Pequeña Fidelidad se levantaron e hicieron la seña de hace un rato, para luego caminar hacia la puerta; el Ejecutor pasó al lado de ellos sin mirarlos, preocupado. Antes de cruzar el umbral:

— Una última cosa más, Ejecutor.

— Hmm...

— Usted también fue un magistrado en ese tiempo, ¿no es así? Sería prudente aumentar su seguridad. Tómelo como un consejo.

El Ejecutor no contestó; la puerta se cerró cuidadosamente.

— ¿Cree que sepa algo?— preguntó Pequeña Fidelidad cuando ya salían por el pasillo de obsidiana.

— No lo creo; si supiera algo sería el primero en entregar esa información

para protegerse.

— A menos que esa información sea demasiado sensible, y que lo involucre. ¿Así funciona, no?

— Sí... ellos están acostumbrados a trabajar de esta forma. En las sombras se cuidan las espaldas y en las sombras mantienen sus errores. Es una suerte de justicia poética que su enemigo provenga del mismo lugar.

— Las sombras implican la existencia de luz. Por ahora, centrémonos en buscar aquello que está más claro—dio un pequeño salto para alcanzarlo, sonrió y tomó el brazo del Subsecretario, apretándolo ligeramente, cariñosamente—. Con seguridad, emergerán las sombras inherentes.

— Sin lugar a dudas.

Capítulo 9

Ira

El recuerdo emergió de nuevo. De a poco, las imágenes fueron haciéndose cada vez más y más diáfanos, hasta que volvió, contra su voluntad, aquel momento.

— *¿Me llevarás? ¿Me lo prometes?*

— *Si te portas bien, claro que sí. Temuco y sus alrededores no son tan feos en verano.*

— *¿"Temuco"?*

— *Es el nombre indígena de la Ciudad del Sur. Durante años se llamó así pero hace unos diez o doce años se lo cambiaron por razones administrativas.*

— *Umm... no entiendo mucho, pero si dices que no es tan feo sólo salgamos, hace mucho que no viajamos juntos.*

— *Te prometo que termino esto e iremos, no te preocupes.*

"Mentiste", se escupió a si mismo, y intentó volver a dormirse. Un leve ruido angustiado, proveniente del otro de la habitación, le hizo entrar en cólera una vez más, y rompió el primer vaso que tenía a la mano. Sabía él que debía calmarse, que debía mantenerse sereno porque aunque la jugada estaba bien pensada, no podía seguir gastándole bromas a la suerte, y poner en peligro su obra. Lanzó un pedazo de vidrio al otro lado de la habitación y el ruido, estremecido, se detuvo.

Miró su dedo índice y vio una fina línea que se enrojecía; el corte no era profundo, pero quedó viéndolo largo rato, hasta que se detuvo por sí solo; la sangre coaguló, y sólo unas diminutas gotas se habían escapado de su mano, impactando el suelo; en comparación, el rastro de sangre del otro lado de la habitación era un mar sanguinolento que las pequeñas manchitas que habían de este lado. Hace unas horas pensó que se había excedido con su invitado, ahora creía que le hacían falta unos cariños más.

Se levantó. El ruido entonces recuperó la vida y sordos gritos del otro lado de la habitación, ahogados, no permitidos, se mezclaban con los pasos lentos y marcados mientras se acercaba a él. Era conciente, placenteramente conciente de lo que estaba pasando por la mente de su invitado y mientras empezaba sentir el latido abrupto de su corazón una perversa ira le embriagó sin ninguna resistencia. Había colapsado de

nuevo.

Uno. Otro. Uno más. Su puño se había vuelto a enrojecer gracias a la ofrenda de su invitado que ahora sollozaba, como un niño perdido desde hacía mucho tiempo; se detuvo y regresó a sentarse, lejos de esa silueta penosa que gemía y balbuceaba de forma ininteligible. La cara le ardía, pero una satisfacción malsana impedía que se diese cuenta de lo que estaba haciendo. No. Sí lo sabía. Lo sabía y adoraba nivelar en algo lo que ya había sido hecho. Por un segundo pensó en regresar y terminar de matar a ese hijo de puta que se negaba a hablar.

— Deberíamos hablar ahora, ¿No crees, Ardoza?

Un balbuceo lastimoso le respondió. Alcanzó a escuchar casi inaudible "*por favor*", y decidió entonces que había sido suficiente, y que tendría que recurrir a otras fuentes de información. Unas menos patéticas. Tomó las pinzas que tenía guardadas para su invitado y volvió a acercarse. El llanto redobló su frecuencia, pero su energía se acababa, al igual que su suerte.

— Ministro, Ministro, Ministro, ¿Cuánto tiempo cree que lleva en este lugar?— preguntó sarcásticamente el asesino y le quitó la frazada que tenía Ardoza en la cabeza. Algunos coágulos de sangre se habían aferrado dolorosamente al rostro del invitado, y no pudo el asesino sino regocijarse en este tormento adicional. Casi no parecía rostro humano el de Ardoza tras cuatro días de azote; los restos radiculares de sus dientes eran lo único que contrastaba la rojiza tonalidad, y sus ojos, morados y ennegrecidos por los moretones. Con terrible esfuerzo, se decidió a hablar.

— Te...juro...que yo...

— ¿Qué desea jurarme, Ministro? ¿Qué mentira ha tenido tiempo de planear en esa cabecita suya?

— Que yo... no hice nada... con ninguna de ellas...

— Es por eso que está aquí, Ardoza. Su omisión lo tiene aquí.

Y procedió a extirpar el primero de sus ojos.

Cuatro horas más tarde, desde una alejada esquina pero que le daba a su vez una visión privilegiada, el asesino tomaba un desayuno frugal mientras esperaba que los perros olieran el hueso roído que les había dejado como premio. A eso de las diez de la mañana unas cuantas patrullas de la policía civil se plantaron alrededor del perímetro de la

bodega que había arrendado y que había ocupado como centro de operaciones hasta ahora; pensó en quemarla pero no valía la pena que el pobre hombre que le subarrendó el recinto perdiera su pequeña inversión, ya tendría sus propios problemas intentando explicarlo todo, empezando por Ardoza, o lo que quedó de él.

Comió parsimoniosamente mientras se acumulan las sirenas y las patrullas, pero estuvo a punto de atragantarse cuando pudo reconocerle en la distancia. Acompañado por esa chiquilla ingenua que había rescatado hacía tres años atrás, Joaquín Murieta se apersonó frente a la escena del crimen y contempló durante largos minutos hasta que pareció decidirse por entrar. Algunos oficiales quisieron detenerlo pero la muchacha enseñó un papel (probablemente algún certificado que le dieron en la Ejecutoría), y pasaron sin mucho trámite.

¿Acaso él le estaba buscando también? Los policías eran estúpidos, probablemente sólo podrían seguirle el rastro apenas, pero el Subsecretario era una persona completamente distinta, preparada para los juegos del gato y el ratón. ¿Sabía ya de quién se trataba? No podía estar seguro, pagó su comida para alejarse con la normalidad y velocidad necesaria para no despertar sospechas. Esto no estaba dentro de sus poco preparados planes.

¿Podría él entenderle, comprender en algo por qué había tomado este camino? No lo sabía, todos desconfiaban de Murieta desde la muerte de los doce jóvenes, pero el último recuerdo que tenía de él era de un lugar completamente diferente, con sus rostros y sus responsabilidades más livianas, con menos cargas. Un pensamiento iluso quiso inmiscuirse en su mente reptiliana, que quizás si lograba exponerle con seguridad y sinceridad, podría apoyarle en lo que faltaba, que era bastante. Mal que mal, habían sido buenos amigos, ya en esos tiempos.

¿El asesino y el Subsecretario ya se conocían? ¿Qué pasó con el crimen de Ardoza y las indagaciones de Murieta y los policías civiles? ¿Quién es el primer muerto, antes del ex-Ministro y del ex-Senador Sanfuentes?

Capítulo 10

Separados (Parte I)

— ¿Qué sucedió entonces?

— Rolando Álvarez fue un soboficial del Ejército encargado del transporte efectivo de tropas durante los días de la Reclamación— contestó Mercado mientras rememoraba los detalles—. Por su labor, tuvo contacto con varios personeros del gobierno de ese tiempo, entre ellos el senador Sanfuentes y el Ministro Ardoza.

Álvarez había sido un militar reconocido por la minuciosidad en el cumplimiento de sus responsabilidades; cada vez que dirigía un transporte de cargamento o de personas era obligatorio rellenar una serie de formularios y listas de asistencia o de inventariado para asegurar el funcionamiento correcto de su unidad. Con pocos esfuerzos, Briton y Mercado accedieron a todo un expediente relativo a los quince años que había servido para la milicia; los nombres de las personalidades políticas mencionadas aparecían no pocas veces, y entre éstas, buena parte era con ambos políticos presentes.

— Mercado piensa— dijo el inspector mientras revisaba las fotos que había sacado de las distintas listas que habían seleccionado—, que a partir de esto podemos relacionar ambos nombres y descubrir personas adicionales, que sean recurrentes.

— Es una posibilidad, claro. Debería aparecer un círculo con el cual ambos difuntos trabajaban durante esos años en determinados momentos y acciones.

— Incluso si no somos capaces de acceder a las actas de acción de la época o de las oficinas, que es lo que probablemente sucederá, podemos establecer un círculo más o menos definido de potenciales nuevas víctimas.

— Eso asumiendo— y el comisario Sáez se sacó sus lentes durante unos cuantos segundos para refregarse las marcas dejadas en su nariz—, que el motivo principal de lo que está pasando sea por razones políticas. No descarto que así sea, pero quizás están cometiendo un error al centrarse tanto en este aspecto. Bien podría tratarse de alguna serie de rencillas producto de algún mal negocio, incluso una serie de crímenes pasionales.

— Lo económico podríamos descartarlo; nadie haría esto por simple dinero; lo de pasional quizás podría estar entremezclado, pero volvemos al punto central: ¿Qué hicieron estos hombres para recibir esto, y quienes

más quedan que deban ser castigados?

— En cualquier caso— retomó Vanessa el principio de la conversación—, no fue mucho lo que pudimos quedarnos con Álvarez, nos avisaron en la mañana de que alguien llamó a la central de comunicaciones para informar dónde estaba el cuerpo de Ardoza.

Los tres se quedaron en silencio unos instantes, y es que la visión del cuerpo del ex- Ministro era algo chocante incluso para quienes ya estaban más acostumbrados a la brutalidad a la que puede alcanzar la mente humana; sus ojos fueron extirpados, arrancados con una pinza y puestos ambos en sus manos izquierdas. Cortado luego su cuello, murió desangrado en pocos minutos puesto que ya había perdido una cantidad considerable de sangre en todos los días (asumían los agentes), que llevaba en esa bodega. Los moretones en todo su cuerpo, siendo su cara el lugar predilecto, le tenían en un estado lamentable que el suplicio final sólo vino a concluir.

Contactaron con el dueño de la bodega, quien de inmediato entregó los datos de a quién le había arrendado el recinto a fin de desentenderse lo antes posible del problema; similar respuesta dio el arrendador, quien admitió habérselo arrendado a un tipo, sin preguntarle mucho debido a que parecía estresado por hacerlo.

— Y por supuesto, porque le ofreció tres meses por adelantado— recordó el inspector con una pequeña sonrisa—. Cuento corto, es que no tenemos más información que esa; los peritos están registrando cada centímetro de la bodega, pero ya nos estamos haciendo a la idea de que no nos entregará mucho.

— ¿Ya confían en la minuciosidad de su asesino? Se han comprometido bastante con este caso al parecer—, bromeó el Comisario mientras volvía a ordenar los expedientes del caso. Los papeles se acumulaban pero no estaban mucho más cerca que antes, salvo la posibilidad que tenía la detective de al menos esbozar una baraja de potenciales nuevas víctimas.

¿Quería compartir con los dos aquella historia que le había rondado por la cabeza durante todo este tiempo? No tenía sentido retener a Mercado, que parecía ansiosa por establecer alguna base sólida, pero a Briton...

— Vanessa, llévate al resto del equipo y haz todas las averiguaciones que consideres necesarias; para eso— y le entregó un papel que aún tenía la firma fresca—, el Gobierno concedió una Orden Prevaleciente. La mayoría de las reparticiones públicas y del Estado tendrán que cooperar automáticamente con esto, de las demás intentaremos suplirnos por otros

medios.

— ¿Y el inspector...?

— Se quedará en la Ciudad del Sur investigando unos antecedentes que he recopilado con algunos amigos de acá; no necesitará mucho apoyo. Puede retirarse.

Vanessa se extrañó, en tanto lo lógico hubiera sido enviar a un pequeño equipo menos competente que investigara esos antecedentes, y enviarles juntos al Distrito Central, mas no manifestó sus cuestionamientos. Confiaba en el juicio del viejo, y ante todo, no quería tener que presenciar aquella perversidad de nuevo en el cuerpo de otra persona; era preciso atrapar al asesino, y su línea de acción era todo lo que podían hacer mientras tanto. Miró a Briton que estaba visiblemente enfadado, y sólo le dio el saludo protocolar. Ya podrían hablar cuando regresase.

El Comisario preparó un café que el inspector rechazó sin mucha cordialidad; Sáez entendía su molestia y espera poder convencerle de que había sido una decisión puramente profesional, aunque eso no fuese a aliviar el golpe en el orgullo de su subordinado. Tampoco es que quisiese consentirle.

— No hace falta, creo, que te pregunte qué es lo que piensas sobre la decisión que acabo de tomar.

— ¿Puedo al menos saber por qué fui degradado?

— Nadie fue degradado, Briton.

— Quitarme el mando y entregárselo a Mercado— y la cólera del inspector empezó a descontrolarle—, ¿Acaso eso no es degradarme? ¿Qué se supone que es entonces? ¿Cuáles son esos tan interesantes expedientes que posee que tiene que enviarme solo por ellos?

— Mentí. No hay expedientes. No tengo ni una sola pista.

Briton se levantó. Si el viejo estaba tomándole el pelo o una revancha por alguna rencilla o mal comportamiento anterior, él prefería irse antes que terminar resolviéndolo a puñetazos. Sáez se mantuvo impertérrito en su asiento, bajó el café lentamente y se volvió a ver cómo el inspector recogía su abrigo y se marchaba.

— Lo único que tengo— dijo retomando como si nada hubiese pasado—, es una pequeña historia de juventud. Puedes escucharla o no, pero si no

quieres salir a tontas y ciegas, quizás te convenga escucharla.

— ¿Más anécdotas añejas? No estoy para eso Andrés.

— Bien, esta vez no es una anécdota. Tengo un temor que se funda sobre esta historia, y que me gustaría compartir contigo.

— Tiene cinco minutos.

Y el Comisario volvió a tomar su café.

Capítulo 11

Separados (Parte II)

No siempre he sido así, ¿Sabes, Briton? No siempre me trataban de "El viejo", y en su momento me importaron bastante cosas que a ustedes les quitan el sueño ahora; evidentemente, no nací como Comisario, fui antes un detective, un sub, y por supuesto un inspector como tú. Quizás lo que nos diferencia es que cuando estuve en tu posición tuvimos una amenaza mayor de la que, espero, puedan tener ustedes en el futuro.

Hace siete años, cuando la Reclamación estaba en su máximo apogeo y la persecución política recrudecía, me nombraron Inspector y se me encomendaron una serie de misiones de transporte seguro, que en nuestra jerga le decíamos hacer de chaperón. Como debes saber, mucha gente fue encarcelada, juzgada y castigada sin tener más proceso que la opinión encolerizada de los personeros que sobrevivieron al régimen del general Ugarté. Sin duda se cometieron excesos, y en varias ocasiones, brutalidades.

La Policía Civil existía ya en ese tiempo, aunque muchos parlamentarios y miembros del círculo político del régimen (casi poéticamente, Ardoza entre ellos), abogaban para que la institución fuese desintegrada y nosotros llevados a retiro forzado o asimilados a las otras ramas de las Fuerzas Armadas. Y tenían razones para ello; entre las facultades que todavía contábamos en ese tiempo, era que podíamos arrestar personas sindicadas como imputados, y llevarlos a los tribunales de justicia que consideráramos prudentes.

¿Entiendes por qué nos detestaban, y lo siguen haciendo incluso ahora? El gobierno decretaba que tales y cuales personas tenían que presentarse, dichas personas no lo hacían y eran consideradas culpables de los cargos (absurdos y perversos) que recaían sobre ellos, y eran perseguidas como liebres por los perros, esto es, la Policía Estatal y las Inteligencias de las otras fuerzas. Éstos les encontraban, ejercían un "ablandamiento" sobre estos imputados exprés, los llevaban a sus propios tribunales de justicia y eran sentenciados sin deliberación. Cientos, quizás miles, murieron los primeros días bajo esta lógica inmisericorde y torcida de justicia.

Ahí entrábamos nosotros; recibíamos la notificación de la orden de búsqueda y corríamos contra el tiempo para encontrarles antes que los demás. Asegurados, les llevábamos lo antes posible a los tribunales de justicia que sabíamos eran imparciales, y esperábamos que fuesen encarcelados o liberados. Si los metían en prisión, no teníamos mucho que hacer; si los dejaban ir, los escoltábamos a un lugar seguro, donde no

fuesen recapturados por los perros rabiosos del régimen.

Por supuesto, no siempre teníamos éxito. No pocas veces sólo pudimos encontrar casas vacías, destruidas, y manchados los pisos y las paredes con la sangre de quienes no pudimos quitarles de sus fauces. Era muy triste, y no te imaginas la impotencia que nos daba a todos regresar sólo con un expediente vacío.

En una ocasión, ¡aquí va la historia que deseo contarte, aún no pasan los cinco minutos!, pensé que habíamos tenido éxito. Una mujer de unos cuarenta, cuarenta y cinco años. Militante de un partido menor que se había cuadrado con el gobierno, fue acusada de fraude y lavado de activos, además de colaborar con insurgentes. Ya teníamos la experiencia suficiente como para saber que eran cargos falsos; lo que nos intrigaba es que ella tenía un historial bastante... oficialista, por decirlo menos. Sobrina de un Ministro, esposa de un coronel de la Fuerza Aérea, había sido un rostro relativamente conocido del bando que emergió con la Reclamación. Gato encerrado.

Fue una extrañeza mayor cuando ella, por sí misma, pidió asilo en el cuartel en el cual estábamos de paso. La metimos a un calabozo por petición expresa de ella, y en ese lugar le tomamos la declaración. Y pon atención en esta parte, porque es el trasfondo de lo que quiero decirte. Nunca había visto a una mujer tan asustada, en mi vida. Claro, era lógico que no se sintiese para nada segura en las circunstancias en las que se encontraba, pero su terror nos sobrecogió a todos. Lloraba y tiritaba tan penosamente que debimos hacer guardias diurnas y nocturnas los cuatro días que estuvo con nosotros. Pensamos en darle calmantes pero los rechazó entre gritos. Que queríamos drogarla y entregarla a *ellos*, eran sus razones.

Ese "*ellos*" era una figura recurrente durante las conversaciones e interrogatorios que le realizamos. Y no, no se refería a los agentes de las demás fuerzas; era un grupo aparte de personas que la buscaban porque había hecho algo dañino para ellos. Y ellos no entendían de justicia. Literalmente, estaban más allá de la justicia. En la noche del cuarto día, en mi turno diurno para acompañarla, me confió una historia. Durante el primer minuto en mis adentros me reí de mi mismo por darle crédito a una loca de patio; cuando concluyó, sólo me quedé con un montón de incertidumbres con las que continúo hoy en día.

Este grupo de personas existen bajo una organización. No es una sociedad secreta como toda la fanfarronada de masones o illuminatis que cada tanto aparecen en las series de misterio ni los libros populares del momento. Ella ocupó el adjetivo de "discretas". Existe y no pocas personas las conocen; muchos operan bajo, con, entre y en favor de esta organización y reciben por ello distintos beneficios. El dinero es

probablemente el segundo más apetecido. El primero es el poder.

Un poder que se extiende por toda la fibra de este país. Un poder orquestado y suministrado a cuenta gotas desde el oficinista de la repartición pública más miserable hasta el despacho del, en ese entonces, recién finado general Garté. Un poder que requería muestras de lealtad constantes, y para el que no había excusa suficiente, ni razón de peso para no ofrecérselo.

"*Ese fue mi error, Inspector*", dijo mientras sollozaba silenciosamente. Su error había sido creer que podía torcer aquella corriente que tenía años, décadas de tradición inflexible. Su castigo, era, por tanto, inevitable. Envuelto en esta atmósfera deprimente y nebulosa, le prometí con ingenuidad que nadie que no fuese un tribunal competente le pondría un dedo encima. No sé si me habrá creído. No recuerdo si yo me creí en ese momento.

A la mañana del quinto día un destacamento de la DISENA (el aparato de la inteligencia del gobierno) y mi Prefecto, encargado de la zonal de la costa, llegaron. Los primeros con una orden prevaleciente, firmada por la junta; nos ordenaba entregar sin cuestionamientos a la acusada, con el compromiso de que sería llevada a un tribunal que nosotros dispusiéramos, pero escoltada por ellos. Por supuesto, me negué terminantemente ya que eso infringía nuestra autonomía institucional.

Mi Prefecto nos dió un balde de agua fría a todos. El alto mando de la Policía Civil había llegado a este acuerdo, sin consultar o informar del mismo, y tenía carácter de obligatorio para todos los mandos medios e inferiores. Sería contrario a la institución el negarse y justificaría un sumario y un posterior despido. Me encantaría poder decirte que me negué, que tomé una pistola y maté a todos los presentes, pero no fue eso lo que sucedió. En silencio, todos aceptamos tácitamente el puño que se sobreponía a nuestra trayectoria, y no impedimos que se la llevaran.

Recuerdo cómo ella sonreía amargamente cuando nos dedicó una última mirada antes de que la subieran al carro. ¿Nos maldecía acaso? ¿Nos encontraba estúpidamente cobardes y sumisos? Quizás lo más doloroso era pensar que, en contraste a estos días, parecía mostrar mucha más entereza y serenidad que todos nosotros juntos. Llegamos al tribunal más tarde para la audiencia con el Juez; la habían cancelado porque la escolta nunca llegó junto a ella. No volvimos a seguirle el rastro, nunca más.

Sí, me he excedido de los cinco minutos. Imagino que te preguntas sobre qué demonios tiene que ver las memorias de un viejo como yo con lo que estamos viviendo ahora. Cuando los agentes de la DISENA llegaron con mi Prefecto, cuando éste habló, cuando la mujer me contó su historia, sentí

una opresión dentro de mí. Es la sensación que uno tiene cuando se enfrenta a un abismo. A lo desconocido. A las sombras. Es la misma sensación que tuve hoy, temprano en la mañana, cuando un oficial del gobierno nos entregó esa Orden Prevaliente que le di a Vanessa y que dije que la habíamos gestionado para ella.

No es cierto. El gobierno nos envió ese poder saltándose todos los protocolos institucionales, directamente a nosotros. Como en aquella ocasión. *Ellos*, desean que encontremos a este asesino por *sus* propósitos, para *su* beneficio; aún no entiendo cuál es la razón verdadera por la cual no pueden confiar esta vez en sus perros habituales, y nos han dejado a nosotros olfatear, pero esta sensación de que estamos siendo utilizados me molesta bastante, y quería compartirtela.

— ¿Mercado va hacia una trampa entonces?

— No; ellos nos han dado estos nuevos antecedentes y han permitido que continuemos porque piensan que nos estamos esforzando auténticamente en encontrarlo. Vanessa no debe saberlo; se negaría a ser tratada así, y siendo sincero, confío en su corazonada-hipótesis.

— ¿Y por qué no podía mantenerme también en la ignorancia y permitirme ir con ella?— la cólera del inspector se había disipado hace un rato; sólo lo llenaba el escenario extraño que se dibujaba mientras hablaban.

— Tengo un propósito distinto para ti.

— ¿También seré instrumentalizado?

— Puedes verlo como quieras, y rechazar o aceptar con libertad, eso es un tema tuyo. Pero, Briton, quiero que encuentres al asesino con tus propios medios. Captúralo y tráelo, con vida.

— ¿Piensa que está relacionado a su historia?

— Pienso que se cometerá una injusticia si otras manos que no sean las nuestras lo toman primero. Es un asesino, y no habrá amnistía en torno a aquello, pero sigue siendo una persona, y una que probablemente tiene bastante que decirnos. ¿Aceptas?

— Sabe que diré que sí; no me ha dejado nada salvo esto. Sigo pensando que en parte, esto es una forma de dejar tranquila su conciencia por lo de la mujer. Se lo digo con respeto.

El Comisario sonrió y tomó sus cosas. "*Nuestras culpas*— dijo antes de marcharse— *no son conmutables o transferibles. Quedan como manchas*

en nuestra alma. Es, tristemente, una de mis pocas certezas.

Briton salió unos pocos minutos después, sin nada en las manos, ni una sola pista. Su cabeza, en cambio, rebozaba de ideas y de emociones. Es la excitación previa a la cacería.

Capítulo 12

— Preséntense— fue la escueta orden que dio el Ejecutor mientras, uno a uno, los convocados entregaban su nombre, su rango y la región de la cual provenían. El hombre a su lado sonreía mientras evaluaba su capacidad y revisaba sus antecedentes por separado. Rodrigo Tejo fue el último en darse a conocer, y también el primero en recibir la placa que implicaba su actual responsabilidad. El hombre le dio un fuerte apretón de manos a cada uno de ellos y les deseaba distintas palabras calurosas en torno a la tarea que tenían, y que los hombres desconocían.

— Seré breve— dijo mientras tomaba el centro del despacho bajo la mirada del Ejecutor—. Cada uno de ustedes fue llamado aquí siendo recomendado por el jefe de sus respectivas unidades; cada uno de ustedes ha mostrado una limpia trayectoria entre nosotros y es por ello que se les confía esta responsabilidad tan imperativa para nosotros como organismo.

¿Era necesario el discurso?— preguntó el Ejecutor visiblemente hastiado; se sacó la corbata en cuanto los lictores, Rodrigo incluido, abandonaron el despacho tras recibir sus órdenes. Su molestia radicaba en la falsedad.

— Siempre es bueno hacer creer a la gente que pertenece a algo importante; aumenta el compromiso y la motivación, y eso genera mejores respuestas. Por supuesto, era sólo palabrería.

— No te importaría que todos ellos muriesen, ¿no?

— Siempre y cuando eso me permita ponerle las manos encima al hijo de puta que todavía anda suelto. ¿No tienen aún alguna lista de sospechosos?

— Ya la hemos generado— le alcanzó una impresión que tenía varias páginas, repletas de nombres—. Es demasiado general, pero como te imaginarás, la Reclamación produjo todo un caos administrativo que

hemos intentado paliar estos años...

— Sin mucho éxito, por lo que veo. Cambiando de tema, ¿has reflexionado lo que te dije sobre el papel que está jugando Murieta en todo esto?

El Ejecutor asintió, aunque no dijo nada. Sacó de un cajón una cajetilla y encendedor, y procedió a fumar un poco; el tema al que el Prétor siempre le empujaba le sacaba de quicio, y los múltiples problemas que se estaban generando dentro de la División de Inteligencia rompían todos los días sus nervios. Sus bocanadas de humo eran observadas minuciosamente por su acompañante, y eso le quitaba el sentido al intentar relajarse por este medio.

— Murieta y la pendeja están trabajando. Es lo único que me importa— soltó al fin y el Prétor sonrió. Molesto.

— Trabajan, ¿pero para quién? ¿para qué? Nadie nos puede asegurar que no están colaborando con el desgraciado.

— ¡Vamos, Frías!, ¿Crees que no inspeccionamos todos sus requerimientos de información, o sus llamadas telefónicas? Hubiéramos descubierto algo hace mucho.

— Es porque no conoces cómo operan. Murieta no necesita pedir información por tus canales controlados, escarba por aquí y por allá, huele como un perro que es. Y Cruz-Soto podrá ser pendeja, pero es una estrategia prodigiosa y él la utilizará para esconder todos los rastros que no quiere mostrarte.

— ¿ Por qué desconfías tanto? ¿No fue acaso él mismo que hizo el trabajo sucio de hace tres años?

— ¿Los muertos de la plaza? Sí, y es por eso que desconfío. Si revisas sus informes antes y después de ese evento, te darás cuenta de que su estilo de redacción cambia; sus formas de referirse a la organización y a nosotros también.

El Ejecutor no quería aceptar la idea de que el Subsecretario Murieta fuese en verdad un traidor. No tanto porque creyera en él o algo por el estilo; era más bien porque le consideraba un sujeto demasiado capaz, que sabía demasiado. Era peligroso que se volviera contra ellos. Vino a él entonces el recuerdo de aquella breve pero tensa conversación en el que Murieta le comentó, casi encarándole, que antes de ser Ejecutor también había sido un magistrado junto a los tres muertos. Cómo el Subsecretario supo de aquello, cuando se suponía era un secreto, le dejó preocupado desde aquel día. Las palabras del Prétor le parecían algo más razonables bajo

esa perspectiva.

— Supongamos que tienes razón. ¿Qué habría que hacer? ¿Eliminarlo?

— No; al menos no por ahora. Si está cooperando con el asesino, es esencial que viva hasta que vuelvan a hacer contacto. Así atraparíamos a dos pájaros de un tiro.

— ¿Y si no es así?

— Murieta nos será útil para cazar al desgraciado. Después de eso, veré si sigo desconfiando; siempre podré incrustarle una bala durante alguna operación, el fuego amigo es bastante común.

Con reticencia, el Ejecutor aceptó el plan propuesto por Frías. Siendo honesto, no le importaba que muriese alguien, incluso el Prétor, mientras fuese él quien sobreviviese. La sombra del asesino se alargaba más y más sobre él, y con razón; su tiempo como magistrado era un capítulo del cual no deseaba acordarse, pese a que lo disfrutó bastante, en formas grotescas. ¿Sabía el Prétor una parte de lo que había pasado esos años? Era mejor no preguntarle; parecía ser de las personas que ocuparían cualquier información sensible en contra de sus confidentes si la situación lo forzase.

*

Pequeña Fidelidad regresó con los boletos comprados. El bus partía en 25 minutos más, tiempo suficiente para hablar un poco más con el Subsecretario, que estaba visiblemente tenso por el viaje. Nadie le esperaba con los brazos abiertos a donde iba, y nada aseguraba que sería provechoso; aún así sentía que era una cuestión de principios visitar a esa mujer otra vez. Una suave mano tomó la suya y le confortó.

— Al final, jefe, ella entenderá. Y si ese no fuera el caso, usted tiene ya una razón por la cual olvidar un poco aquello, y seguir aquí.

— Te aseguro que no suena tan fácil como dices. Va a culparme de todo, yo lo sé; no es como si no fuese así, pero el tener que escucharlo...

— No puede ser peor que lo que ya tiene en su interior.

Joaquín Murieta calló. Pequeña Fidelidad le tomó del brazo, también en silencio, y pasaron largos minutos de los cuales ella se lamentaba no poder aprovecharlos; el Subsecretario no necesitaba charlas que le hiciesen olvidar, sino la quietud suficiente para pensar mejor las cosas. Cuando faltaban sólo puñado de minutos para la hora acordada, ella quiso

preguntar.

— ¿Conoció en persona a Casivilo?

— ¿Al primer asesinado? Sí. Lo conocía de antes incluso, fuimos juntos al liceo. Lo recuerdo como un compañero normal; nunca hubo amistad entre nosotros pero al menos se podía mantenerse una conversación interesante con él.

— ¿No volvió a saber de él?

— Lo vi una vez durante la Reclamación. Nada especial, creí que me había reconocido durante una de las rondas. Nunca volví a saber de él hasta ahora, cuando encontraron su cadáver en aquella casa de campo que solía frecuentar desde que estudiábamos juntos. Independiente de lo que haya hecho, su muerte fue horrible.

— No quiero recordarlo; las fotos de su boca hecha pedazos y su lengua cortada todavía me dan algo de cosa— sacó de su bolso un paquetito envuelto en servilletas que le ofreció al Subsecretario, el que lo recibió con extrañeza—. No es veneno señor, es una merienda para el viaje.

La cara de Pequeña Fidelidad algo molesta le sacó un gesto que simuló una sonrisa. De forma extraña, el Subsecretario le acarició la cabeza como quien reconforta a una niña pequeña, y pese al darse cuenta, ella sonrió y pareció sonrojarse. Más allá de todo, Pequeña Fidelidad era la expresión de que no había hecho todo mal, que todos ellos no habían muerto en vano, y que debía seguir en este plano terrenal por al menos un tiempo más. La jovencita terminó abrazando a su superior con el pecho acongojado, mientras el tiempo límite se cumplía y éste partía a subir al transporte. Con toda prisa, el bus salió de la estación y se perdió entre las calles de la ciudad.

¿Sentía ella lo que creía sentir? Aunque su corazón se aceleraba cada vez que algo así pasaba, y sus deseos de protegerle se volvían más apremiantes conforme el tiempo juntos pasaba, la presión de las responsabilidades que compartían se transformaban en un muro que ella prefería no intentar flanquear, al menos por ahora. "*Cuando todo pase*", era el mantra que se repetía constantemente mientras los años pasaban y se alejaban.

Una cosa estaba clara; no iba a dejarle solo. Conociéndole, no pasaría mucho tiempo para que el Subsecretario le recomendara, le ordenara restarse del camino cada vez más cuesta arriba que de seguro tendrían que recorrer, de nuevo. Fiel a su naturaleza, Pequeña Fidelidad inició la marcha a la primera parada de su destino, rememorando la promesa que

habría de cumplir sin excusas:

— Prometí morir a su lado, jefe— suspiró mientras el rojizo crepúsculo caía sobre los cielos de la Ciudad del Sur.

FIN DEL PRIMER ACTO

Capítulo 13

SEGUNDO ACTO

Una puntada bajo su pecho izquierdo emergió a la vuelta de la esquina: no se detuvo. Los últimos diez minutos habían sido terribles para su condición física pero lograba pese a todo mantener unos cinco metros de distancia regular con su presa, el que empezaba a mostrar sus primeros signos de cansancio. A la vuelta de la esquina, aunque las piernas le quemaban, apresuró el paso para intentar alcanzarle antes de que entrase en alguna de las construcciones inconclusas del futuro sector residencial "Los Cipreses". Otra vuelta más y aunque sabía que sólo pudo haber entrado en el edificio que tenía inmediatamente en frente, se extrañó de la imagen que la había recibido.

Parecía ser un guardia. Era robusto y tenía varios centímetros más que ella en estatura; su rostro era uno de los menos amigables que había visto desde hacía mucho, y estaba plantado frente a la única puerta que conectaba el exterior con la construcción en ciernes. No parecía muy diplomático y aunque Vanessa Mercado creyó suficiente con mostrar el ímpetu con el venía persiguiendo al sospechoso, el guardia no se movió ni un ápice.

— ¡Necesito pasar! ¿Qué acaso no vio que venía detrás de aquel sujeto?

— Fue un error nuestro haberle dejado entrar, pero eso es independiente de que usted pase; necesito que muestre alguna identificación y autorización. Ahora

"*Maldita sea*" masculló Mercado mientras se daba vuelta para sacar su placa; sólo su intuición le permitió prever que el hombre le había lanzado un potente puñetazo, saltando levemente hacia atrás, esquivando por poco. Impulsándose desde el suelo, lanzó ella misma un golpe a la cabeza del sujeto. Con mala suerte, éste ya se había recompuesto y con una tacleada breve pero intensa la tiró un par de metros, corriendo luego hacia ella.

Se levantó en una milésima y se preparó para la siguiente embestida. Dejó que el sujeto hiciese el primer contacto y antes de que se volviese destructivo ocupó su fuerza para hacerlo chocar con la pared de concreto que estaba adyacente a ellos; una zancadilla impidió que éste cambiase y su curso, y aunque no se golpeó de gravedad, la pérdida de equilibrio le dio segundos valiosos a la subinspectora para azotar co

n su arma de servicio la nuca del grandulón, aturdiéndolo. Un segundo culatazo en la cabeza y uno más sobre el pulmón derecho terminaron por dejarle tendido, y unas esposas terminaron por neutralizarlo definitivamente.

— ¿Cómo se encuentra, jefe?

— Sería de utilidad que ya estuviesen aquí— contestó Vanessa por el teléfono mientras se masajeaba el hombro que recibió buena parte de la energía del choque inicial—, tengo a un tipo esposado a la entrada del segundo edificio, supongo que como mucho estarán a dos minutos de aquí.

— Estamos llegando, no nos culpe por haberse ido sin dar la señal. ¿Se encuentra bien...?

Mercado había cortado para perseguir al sospechoso inicial; el medio minuto que el otro tipo le había conseguido le frustraba bastante, era probable que hubiera escapado a otro edificio, y aquel juego del gato y el ratón sería estéril si ella no podía mantenerle visualmente la pista. El edificio tenía buena parte de la obra gruesa terminada, y el concreto en bruto despedía ese olor lechoso que nunca le había gustado, aunque padre trabajó con él toda su vida. Pisos y muros amplios, y muchos pilares por aquí y por allá, anchos, peligrosamente anchos.

Con cuidado, se movió a cada uno de los accesos a los pisos superiores, comprobando que estaban lo suficientemente sellados para que nadie pasara; no descartando el hecho de que pudo haber escapado, el sospechoso bien podía seguir en este piso, esperando. Toda la luz con la que contaba se la debía a unos focos halógenos que estaban desigualmente repartidos alrededor de los edificios, y los contrastes entre los sectores iluminados y sombríos aumentaba el nerviosismo dentro de la agente que había tenía preparada su arma de servicio.

Respiraba agitadísima; no sólo era por la corrida que le habían obligado a seguir ni el pequeño combate con el cabeza de músculo ese, sino la tensión del momento requerían de su cuerpo una circulación de oxígeno que le hacía doler la cabeza. Fue entonces cuando sufrió un ligero mareo que poco a poco iba nublando su vista. Volvió a inspirar y notó de inmediato el peligro.

— ¿Pasa algo, detective?— se oyó la voz del sospechoso, que el eco propio de este espacio impidió que lo pudiera detectar en algún lugar específico. Su dolor de cabeza y su mareo aumentaban—. ¿No me diga que ya está cansada?

— Puedes entregarte y serás tratado en base a la presunción de inocencia. Llevaremos a cabo un proceso limpio y serás llevado a un tribunal

competente.

— ¡Ahh!— su tono era burlesco, despreciativo—, ¿Por qué me prometes cosas que no puedes cumplir, señorita? No tengo deseos de que usted, ni nadie, me lleve a la justicia de la cual se ufana.

— Bien, cambiaré el tono. ¡Te llevaré allá lo quieras o no!— el esfuerzo del grito fue doloroso en su sien, y unas náuseas cada vez más fuertes empezaron a invadirle. Era gas licuado el que empezaba a saturar el ambiente, y sólo ahora cayó en cuenta de aquello.

Entonces el sospechoso apareció. Era delgado, quizás demasiado, y su rostro demacrado sonreía fervorosamente, mientras sus ojos desorbitados buscaban los de Vanessa, quien los rehuía en tanto estaba preocupada por encontrar un lugar propicio. Un pequeño contenedor metálico estaba a pocos pasos de ella y se acercó.

— ¿Lo están buscando, verdad?

— Si estás trabajando con él, quiero que sepas que deseamos ofrecerles un juicio justo, garantías explícitas y...

El hombre no le estaba escuchando. De su manga emergió una mano tosca, lastimera, y en ésta un encendedor barato. Sin pensarlo, Mercado se metió dentro del contenedor esperando que resistiese; un montón de trapos sucios con pintura le dieron cobijo en tanto el sujeto miraba por algunos instantes su artilugio para luego activar el mecanismo. La chispa dio lugar a un remezón, a un fuego y una luz que Mercado sólo pudo expulsar un grito desaforado, y nada más.

*

La bolsa negra en la que metieron su cuerpo despedía un fuerte olor a gas, a carbón y a carne humana rostizada. El Servicio Médico Legal tendría los resultados de la autopsia en seis horas más y el hombrón agresivo estaba ya camino al cuartel más cercano de la Policía Civil. El resto del equipo de investigación se disculpó cada quien a su manera, mientras Vanessa Mercado olía su pelo y se asqueaba por todo lo que había impregnado en él.

— Es una suerte que haya tenido ese contenedor a su lado, jefe— musitó uno de los más jóvenes de los siete que aquí estaban y ella sólo pudo ofrecerle un golpe tranquilizador en la cabeza.

— Ni lo menciones, Urzúa— las ganas de vomitar le tenían hecho un nudo la garganta pero se abstuvo de incordiar a quienes visiblemente se habían preocupado de ella hasta aquí. Era su segunda semana en el Distrito Central y ya no querían más guerra, ninguno. Las diligencias habían

estado a la orden del día pero sólo hace cuatro jornadas que tenían avances relevantes, claro, bajo este precio.

La noche caía sobre la ciudad mientras Mercado la maldecía de buena gana para sus adentros. Si hubiera sabido que tendrían que pasar por todo esto, habría intercambiado roles con Briton y todo el papeleo que el Comisario le cargó encima sería entonces suyo ahora. Recuperada de la conmoción inicial, Mercado y el resto de los agentes regresaron al cuartel provisional, esperando que con las declaraciones del sobreviviente se pudieran hacer un cuadro más claro de aquello a lo que se estaban enfrentando.

Quizás su única certeza era que el asesino ya no estaba trabajando solo.

Capítulo 14

— Sobre lo que conversamos el otro día...

— Papá, no cambiaré de opinión, no lo intentes más.

Vanessa sonrió. Su padre seguía con muchas dudas respecto a lo que su hija le había mencionado como prospecto de futuro laboral. Aunque no le desagradaba la idea que siguiera un camino policial, desde la Reclamación la figura que tenía cualquier persona que manejase armas en nombre del Estado había quedado irremediabilmente manchados.

— Mamá dijo que estaba bien; no importaba dónde trabajase ya que siempre habría quienes se mofarían de lo que hago.

— ¿Lo dijo por mí?

— Bueno...— y la joven soltó una pequeña carcajada— empezó mencionándote, luego habló del lechero, de los abogados, de los políticos... La cuestión es que mientras me guste hacer lo que hago, no sentiré que estoy perdiendo mi vida.

— Tu madre solía tener ese tipo de pensamientos, heredaste demasiado de ella.

— Sí, y siendo sinceros, también quiero cumplir la promesa que le hice aquella vez. Así que déjalo, papá, no podrás hacerme cambiar de opinión. Dame mejor las flores, que tú no sabes colocarlas.

— Ten— y fue el padre que sonrió ahora—, Jéssica se reiría de mí por cada vez que he puesto mal esto; ella siempre fue la del buen gusto.

El mármol de la tumbra resplandecía mientras Vanessa adornaba con amor los distintos colores que había traído a su madre esta vez. Una leucemia se la había quitado de las manos a ella y a su padre hacía cinco años atrás, pero el dolor se hallaba en franca retirada mientras el amor que ambos le profesaban iba cerrando sus heridas, aunque muy en el fondo siguiera carcomiéndoles la conciencia pensar en cómo sería la vida si Jéssica se hubiese recuperado.

Aquel recuerdo emergía cada tanto en sus sueños; era una suerte de bálsamo que su mente le entregaba cuando la realidad se volvía cuesta arriba, y le otorgaba fuerzas. Aunque ya había cumplido su promesa hacía un tiempo, seguía pensando en que haber ingresado a la Policía Civil era más un primer paso que la verdadera meta. Destinada a pequeñas incursiones y a ser la asistente en misiones secundarias, esta era la

primera vez que una situación le ponía en la primera fila.

Una parte de ella extrañaba en ciertos momentos al inspector Briton. Aunque le molestaba algo del carácter que éste demostraba (y con el que compartía quizás demasiadas similitudes), reconocía que su ayuda podría disipar en algo la densa niebla con la que se encontraron desde su arribo a la capital de país, el Distrito Central. Pero él no estaba por razones dadas por el Comisario que sonaban a malas bromas; no veía a Briton sofocado por el papeleo, principalmente porque no lo habría aceptado.

Despertó. Lo primero que recibió fue una botella de agua de Jiménez, un año menor que ella en términos de experiencia en misiones y que tenía grados crecientes de ansiedad, aunque también había demostrado grandes habilidades para posicionarse estratégicamente en algunas situaciones. Había sido él quien preparó la redada y pese a la muerte intencional de uno de ellos, les había obtenido un sujeto para interrogar. Córdova conducía. La conversación no era ni remotamente lo suyo, pero inspiraba una confianza y lealtad que se necesitaban más que nunca. Mercado le sonrió.

— Nos alegra que esté bien, jefe— dio por respuesta, sin apartar la vista del camino. Ninguno de los tres estaba muy familiarizado con lo intrincado de las calles y el tráfico del Distrito, pero al menos no chocarían con él tras el volante.

— Sólo fue el susto. ¿El resto?

— Están ya en el cuartel, esperándonos para empezar el interrogatorio. El fiscal de la zona oriente creía necesario que supiera que van a nombrar un fiscal militar adicional para el caso.

— ¿Eso te dijo? — Mercado le miró con ojos de suspicacia y Córdova se limitó a mirarle un instante por el retrovisor.

— Bueno, eso escuché que hablaba por el teléfono; me sentiría muy ofendido que no se lo comentase a usted por la mañana.

— Ustedes van a traerme muchos problemas, chicos... ¿Cuánto falta?

— Ya llegamos— y el vehículo se detuvo.

*

La Policía Civil tenía problemas para actuar no sólo porque el resto de las Fuerzas Armadas y la justicia le bloqueasen buena parte de los casos, sino que además poseían un presupuesto muchísimo menor, lo que implicaba menos infraestructuras, menos recursos y menos personal operativo. Sólo el haber creado al cuerpo de investigación ya significa perder una

capacidad importante en la Ciudad del Sur, y mantener una logística que permita trabajar en el Distrito Central de seguro trajo más de un problema al Comisario Sáez.

El poseer por estas dos semanas de un cuartel había sido vital, principalmente por seguridad. El "canil" como le habían denominado cariñosamente, era un viejo edificio en el que antes funcionaba una pequeña editorial del estado, anterior al ascenso del general Garté. Una única entrada principal, más una de escape que sólo podía volverse funcional desde dentro, además de paredes sólidas y un planteamiento del espacio bastante limpio y con amplio control visual era el lugar más idóneo para mantener a los capturados consigo, y vivos.

Quizás lo único que permitía saber a ciencia cierta la verdadera naturaleza de éste lugar eran las improvisadas celdas de retención que tenían en el fondo del mismo; todas dentro de una habitación y en la misma, separadas por rejas. Confortables dentro de lo posible; seguras y controladas fácilmente. Las circunstancias requerían que los prisioneros estuviesen lo más resguardados posibles, pues en el peor de los casos intentarían rescatarlos. O asesinarles, lo que fuese más conveniente.

Los tres recién llegados saludaron al resto del equipo que habían preparado el interrogatorio para el fortachón capturado hacía poco más de una hora; viéndolo más de cerca, fue claro para Vanessa que este tipo pertenecía también al mismo grupo. Sin documentos, sin información dentro de los sistemas, era sencillamente un bulto humano sin ningún valor en tanto no otorgase algún dato relevante. La esperanza de Mercado recaía en que éste sujeto sí aceptaría colaborar, no como el carbonizado que seguía en el Servicio Médico Legal.

— ¿Estás bien? ¿Puedes escucharme?— preguntó de inmediato cuando pasó revista a todos los integrantes del cuerpo de investigación y obtuvo un cuadro más completo de lo que había pasado en esta jornada. El hombrón levantó la frente y una sonrisa malsana que no deseaba disimular emergió de su rostro.

— No creí que fuese una mujer tan joven la que nos estaba cazando...

— Nadie está cazando a nadie; somos un organismo de justicia, perseguimos para establecer responsabilidades.

— ¿Es en serio? ¿Creen que son más que simples represores?

— ¿Cuál es tu nombre, fecha de nacimiento y ocupación?

— Marte, 1900, astronauta.

Uno del cuerpo de investigación se levantó, visiblemente molestó. Un movimiento de la mano de Mercado le hizo volverse a su asiento; ya habían conversado de que era más que probable que se negasen a cooperar en modo alguno; al menos éste estaba hablando y explotaría aquello lo que fuese posible.

— Lamento que tu amigo haya muerto hace poco. En serio.

— Le creo, pero no éramos amigos. La amistad me hubiera hecho intentar apoyarle, y esa no fue la función que me correspondía. Respondemos mejor a la figura del camarada.

— ¿Sabías lo que planeaba hacer? ¿El hacerse explotar con alguno de nosotros dentro?

— Sí y no. Él tenía que eliminar a alguien, de la forma que estimase conveniente. Eliminarsé a sí mismo fue un éxito limitado de su plan.

— Ya veo— Mercado fijó sus ojos en Moraga, que instantáneamente pestañeó confirmando que estaban grabando la conversación. El consentimiento sería para más tarde—. ¿Puedes decirme por qué tus *camaradas* se han estado enfrentando a nosotros este último tiempo?

— No.

— ¿Es por qué a la persona que buscamos pertenece a su grupo también?

— No.

— ¿Él les solicitó la ayuda entonces?

— No.

— ¿Qué puedes decirme de las muertes de Ardoza, Sanfuentes y de Villaroel?

— Eran necesarios; antes o después, era necesario que esos hijos de puta muriesen. El dolor incluido fue un extra de justicia.

— ¿Por qué los odian tanto ustedes?

— No conoces la historia de este país, del estado al que defiendes.

— Pues deberías contármela. Siempre es bueno una segunda opinión.

— No son opiniones, agente. Es la historia real, la que no ha sido

transtornada. Sin filtro ni endulzante.

— ¿Qué papel juegan tus camaradas en ella? ¿Qué hay de La Mano Negra? ¿Pertenece a esta historia?

El hombre no volvió a hablar de nuevo. *Mano Negra*, repitió Vanessa en su mente, y la sombra creció dentro de la misma. Habían combatido contra ellos desde el primer día, sin saberlo.

Capítulo 15

Mar del pasado

Un puñetazo seco en plena mejilla botó al Subsecretario sobre la arena húmeda; la mujer lloraba de rabia y de impotencia y ya estaba preparando un nuevo golpe para ver si podía causarle más daño estando en el suelo; se hincó sobre él para reiniciar el ataque y con el puño en alto, no pudo soportar el dolor. Murieta, entregado completamente, sin oponer resistencia, observaba con los ojos lagrimosos cómo aquella mujer se desbordaba en un llanto insufrible de ver. Así pasaron varios minutos, mientras el sol caía sobre el océano.

El paisaje seguía siendo el mismo de hacía tres años. Los roqueríos, el sonido imponente de las olas chocando, las aves, el viento duro e incesante; era como si el tiempo no pasase en este punto del espacio, o por lo menos, lo hacía en escalas que él no alcanzaba a diferenciar. Ella, la mujer que seguía llorando encima suyo, tampoco había sido trastocada estos años, continuaba con las mismas manías, las mismas frases. Quizás lo único que apareció fue un dolor nuevo que vino a sumarse en su corazón a los precedentes, y que le involucraba a él, desgraciadamente.

— No puedo... no puedo creer que hayas tenido... la cara de volver aquí... ¡¿Por qué lo tuviste que hacer?! ¡¿Por qué no te moriste mejor?!— entre lágrimas la rabia emergía a borbotones, mientras la silueta del Subsecretario se endurecía. Tuvo tiempo de prepararse para este momento, pero la corrosión de su espíritu no tenía forma de asemejarse a lo que había imaginado. La culpa, que durante su vida cotidiana intentaba reprimir a cada tanto, pujaba ahora en su pecho para liberarse.

— Quise morir... tantas veces...

Mientras el sol se sumergía en el océano.

*

La última vez que el Subsecretario había venido a este pueblo costero había sido buscando también pistas. Mehuín, en general, era apenas un poblado que vivía preferentemente de la actividad pesquera artesanal y un poco de turismo itinerante. Opacada por el resto de las ciudades con un potencial económico y turístico mayor, como eran las ciudades de la zona lacustre, más allá de la Ciudad del Sur, no era un destino demasiado conocido. Políticamente marginal, no estaba por tanto bajo el influjo de los movimientos de los sectores más centrales; con decir que en términos relativos, la Reclamación tuvo poco eco por estos lares.

Excepto quizás por ella. Elena era, en varios sentidos, una sobreviviente de la Reclamación; perseguida, torturada, encarcelada durante meses y luego liberada, aunque sin el amor de su vida pues murió en medio de los interrogatorios, fue dejada a la deriva estando embarazada de una niña. De todos los expedientes a los que el Subsecretario tuvo acceso, fue el que más le llamó la atención, el que más le revolvió el estómago. Viajó desde el Distrito Central a Mehuín buscándole, no tan sólo para saciar su sed de información, sino también la angustia que le significaba pertenecer a la organización a la que pertenecía.

Un odio y un miedo, ambas pulsiones irracionales, fue con lo que ella le recibió aquel día. Creyendo que era un agente de los organismos de represión que volvía por algún capricho a buscarle, no estuvieron lejanas las posibilidades en las que Murieta pudo haber terminado muerto por su mano; varios días se tomó Elena en confiar, al menos en parte, en el desconocido que le solicitaba una cooperación extraña, cuando menos sospechosa.

En un impulso todavía más extraño, Elena confió en Murieta. Le entregó trazas de información vitales para la misión que se le había encomendado en aquella ocasión: neutralizar a ciertos grupos insurgentes que habían sobrevivido la primera oleada de persecución política de la Reclamación. Por supuesto, el Subsecretario no tenía la intención de cumplir esto mediante la fuerza; quería nombres y direcciones que le llevaran a incrustarse en estos grupúsculos, para luego convencerles de que desistieran ya que se estaba preparando una nueva oleada de violencia. Ese era el plan original, y que Elena había terminado por apoyar.

Sin embargo, todo salió tristemente mal. Antes de que pudiese llevar a cabo la segunda fase de lo planificado, y usando de forma perversa la información que Murieta había recolectado por meses, la organización realizó múltiples redadas en diferentes puntos del Distrito Central, en el que un grupo de jóvenes terminó por defenderse armados. Un completo baño de sangre. Cuando Murieta llegó al lugar del suceso, había sido demasiado tarde: doce cuerpos inertes yacían en el centro de la plazoleta, a vista de todos. Jóvenes con los que había compartido. Una culpa sin límites se tragó una parte de sí, y durante mucho tiempo no concebía el poder juntar valor para regresar donde Elena, y disculparse inútilmente. Hasta ahora.

*

— La situación en la Ciudad del Sur, aunque no ha llegado al clímax, es de por sí frenética. Los muertos que hay y que habrán han puesto en jaque a todos, incluso desde el mundo civil.

— ¿Para qué me cuentas esto? ¿Crees que volveré a ayudarte, bastardo

sin conciencia?

— Siento la culpa quemándome todos los días, Elena, si hubiera dependido de mí...

— Dependía de ti, Joaquín. Dependió mucho tiempo de ti hasta que no fuiste capaz de protegerlos— y el enojo brotó de nuevo—, ¡como habías prometido por la mierda! Si alguien está matando a esos vejestorios bienvenido sea, que ningún aporte son para este país. Quizás deba seguir contigo.

Era de noche. Antes de que el último rayo solar se desvaneciese entre el oleaje cada vez más bravo, Elena había recobrado la compostura y se había sentado sobre la playa, mientras Murieta le miraba a cierta distancia, como hace tres años. Sabía él que no había razón para que volviera a confiar después de todo lo que pasó; probablemente no sería de mucha utilidad dada la discreción que hasta ese momento había presentado el asesino. No, el Subsecretario no había venido ni por ayuda ni por consejo esta vez. En el fondo de su alma, algo se estaba trizando, resquebrajando; de la gruesa cadena mental que había puesto como barrera todo este tiempo para presentarse como el funcionario ejemplar que había sido, los eslabones tiritaban y saltaban mientras se ahogaba en una oscuridad indescriptible.

Pequeña Fidelidad había sido una cálida calma entre esa pobredumbre, le otorgaba fuerzas en tanto era el único contacto humano sincero y constante que poseía aún su vida, pero poco a poco comprendió que de seguir así, la muchacha sería también consumida por la sombra que le acechaba desde el pecho a la cabeza. Con suerte, había logrado mantenerse incólume hasta que la emergencia del asesino vino a hacerle cuestionar el sentido que tenía seguir perteneciendo a la organización, y a la vida misma.

— Esta será mi última misión, Elena. Moriré cuando logre establecer una situación que pueda serle útil a otros.

— ¿A otros perros falderos? ¿A otros traidores?

— A otros que busquen destruir a la organización. La Recta Provincia se hará frágil en breve, aunque no será mi generación la que la derrote.

— Suenas como un profeta; no te creo, por cierto. ¿Dices que esto va a debilitar a la organización? ¿Encontrar al asesino entonces qué efecto puede tener salvo eliminarle como amenaza?

Murieta calló unos instantes. La inmensidad del mar, sobrecogedora en grado sumo, era también fuente de una tranquilidad que no había encontrado bajo otras formas más mundanas. Las estrellas titilaban en

esta noche sin luna, y a lo largo de la playa, una vacía oscuridad lo abarcaba todo.

— El asesino debe poseer una razón poderosísima para actuar como lo ha hecho, hacer lo que ha hecho. Presiento que esa razón esconde una capacidad destructiva que no alcanzo a comprender, al menos no por mi mismo.

— Es dolor. El dolor nos lleva a ansiar la muerte, y por aquel anhelo nos vuelve invulnerables.

— Por eso deseaba hablar contigo. Tú lo comprendes mejor que yo, por todo lo que has pasado. Mi racionalidad me impide adentrarme en terrenos que no puedo visualizar. Siento el dolor, mas no puedo procesarlo.

Elena se levantó. Sus dos luceros, metálicos por el brillo de la noche y sus sentimientos hacia Murieta, hicieron contacto con los ojos de éste por un instante; acto seguido, inició la marcha al poblado, en cuyo camino a la distancia sólo le guiaba la luminaria eléctrica del poblado. El Subsecretario, resignado, abrazó por un momento la idea de contemplar el mar un par de horas más, mientras reanudaba su lucha interna.

— Vamos, traidor. A casa. Amanda debe ya estar preocupada por mí— soltó sin mirarle ella.

Y el sendero en la arena que formó fue seguido con celeridad.

Capítulo 16

Una paz pasajera

— Pasa.

— Te lo agradezco.

La casa de Elena no había cambiado demasiado. Desde la playa era cuestión de caminar poco menos de un kilómetro hacia el interior, pasando por varios lugares para acampar que recibían a un grupo no menor de turistas en la temporada alta, pero en invierno las visitas eran mínimas, y el pueblo se llenaba de un silencio que sólo era interrumpido por las fiestas particulares de algún vecino o alguna celebración local.

La noche, que había caído rauda y hacía un buen rato, dotó de un frío inusual la caminata hasta su casa, y sin embargo, Murieta sintió una extraña calidez; de una forma que no podía racionalizar, Elena era una persona que consideraba especial. Importante. Su silueta aparecía y reaparecía con cada foco que traspasaban yendo por las calles arenosas y polvorientas, y le encontró hermosa pese al paso del tiempo y del dolor. Un pensamiento absurdo recorrió su mente, siendo desechado por ahora.

Dos personas se encontraban dentro de la cabaña. La primera alimentaba el fuego de la estufa, la que ardía vigorosamente y que hacía contrastar en gran medida lo gélido del exterior. La segunda dibujaba sobre la mesa, rellenando con vistosos colores unas imágenes prediseñadas de animales autóctonos del país. Levantó la mirada en el momento en que Elena entró a la casa y con algo de torpeza saltó de la silla en la que se encontraba para saludarle; la de la estufa pareció no percatarse.

— ¡Demoraste! ¡Habíamos quedado de salir a la playa para recoger piedritas bonitas, mami!

— Creí que debíamos avisar si nos retrasábamos más allá de la hora convenida, Elena— soltó entonces la muchacha del fuego, que ahora se volvía para dar encuentro a los recién llegados. Su mirada se detuvo intensamente sobre Murieta, quien prefirió evitarle.

— ¿Cómo están pequeñas? Lamento no haberte dicho que iba a demorar— tomó en brazos a la más pequeña dándole sonoros besos en las mejillas—. ¿Han estado bien? ¿No ha sucedido nada?

— Nada. Almendra no ha querido dormir solamente; dijo que te esperaría aunque hubiese escuela mañana— respondió la mayor, caminando hacia la cocina y regresando con algunas tazas, café, té y azúcar—. Te

esperamos para comer; ¿Él se quedará a comer también?

— Hoy sí, es un invitado odioso que debo recibir.

— No es necesario— se excusó el Subsecretario al sentir una leve hostilidad por parte de la jovencita—, encontraré en el pueblo algún lugar dónde quedarme, pero regresaré mañana.

— ¿A esta hora?— Elena rió—, sólo pillarás a la botillería del viejo Hernández, y no te recibirá si es que ya están en su plática de borrachos. No, Joaquín, te detesto pero puedes alojar esta noche. Y no se hable más que estoy muerta de hambre.

— Igual nosotras— dijeron las dos niñas al unísono.

Almendra, la más pequeña, había sido fruto de su relación con Gustavo Santibañez, muerto durante su estancia en un campo de concentración tras la Reclamación. De Amanda, la mayor, Murieta no tenía más noción de que Elena le había encontrado entre el periodo que estuvo detenida, y el nacimiento de su hija; no eran familiares y su relación era, para decirlo sencillamente, bastante fría. Aún así, parecían convivir bastante bien las tres, ella trabajando esporádicamente en pololitos (actividades pequeñas con remuneraciones variables), y las muchachas asistiendo a la escuela local, la única en realidad.

Comieron los cuatro en un relativo silencio, el que era en momentos interrumpido por la graciosa risa de la pequeña Almendra, que contaba con profusa rigurosidad y exaltación algunas de sus aventuras en su horario escolar. Concluida la once, Elena las acostó, mientras él intentó comunicarse con Pequeña Fidelidad, aunque sin éxito. Respondió entonces un mensaje que ésta le había enviado poco después de tomar el bus: "*El mar le hará bien, ya verá*". *Sí, quizás lo ha hecho.*

— No olvides que tengo una golpiza pendiente para ti, Joaquín— le enrostró Elena al regresar. El Subsecretario no dio señas de sorprenderse; las personas pueden actuar de una forma y mantener sentimientos incoherentes, en este caso, con justificación.

— ¿Hay alguna razón por la que quisiste tenerme aquí?

— La hay. Si te soy sincera, no eres el único que vino a visitarme, no hace mucho.

— ¿Quieres decir que...?

— No estoy segura que haya sido a quien buscas, para que no te emociones— Elena tomó asiento frente a Murieta, rellenando las tazas de ambos con el café de trigo que seguía caliente gracias al calor de la estufa—, pero es alguien que conocía de tu mundo, y que buscaba respuestas. No pude decirle mucho ya que yo pertenecía más al mundo civil que al estercolero del cual provienes tú, pero se interesó por la historia de Gustavo y los demás... y la gente de hace tres años.

La rabia se desprendió unos pocos segundos de los ojos de Elena, pero Murieta reflexionaba en su fuero interno; ¿era acaso el asesino una suerte de vengador en torno a la muerte de aquellos años? De ser así, ¿por qué Sanfuentes también había sido asesinado, pese a que desconocía la existencia de la organización. De Casivilo y Ardoza lo entendía; eran magistrados dentro y fuera de la misma, pero el tercer elemento desencajaba. De forma subrepticia, no era improbable que él mismo fuese también un objetivo potencial del asesino. Eso sería más que aceptable.

— ¿Volviste a este plano terrenal?— su molestia había sido pasajera—. Si te soy sincera, aunque reaccioné algo agresiva en la tarde, la verdad es que me han suavizado para ti.

— ¿A qué te refieres?

— Paulina es su nombre si mal no recuerdo. Me ha contado mucho sobre lo que han estado haciendo desde que la rescataste de la trampa que les pusieron al resto. No, no hay necesidad de que me expliques nada, ella ha hecho tu trabajo sucio.

— Le pedí explícitamente...

— Es el tipo de mujer que tiene un sentido de lealtad imposible de regir, pierdes tu tiempo señalándole algo que no es coherente consigo misma. Te has maltratado todos estos años por lo que pasó, y aunque para mí eres tan culpable como los demás, al menos tu conciencia exhibe un arrepentimiento real. Por eso, quiero darte un consejo, Joaquín.

— Te escucho.

— No sigas buscándolo. He visto a muchos hombres destrozados, y él lo estaba más que ninguno. El dolor en ese grado normalmente paraliza a las personas, les desorienta; no es este el caso. Su dolor le ha entregado un último impulso antes de su fin, y la muerte que está buscando implica primero la muerte de muchas personas antes que él. La venganza le ha consumido por dentro, ya no es la persona que pudo haber sido en el pasado.

— ¿No es esa una razón mayor para capturarlo con rapidez? Si es un

peligro, neutralizarlo es una prioridad.

— Hablarme como un agente modelo es estéril, Joaquín. Tú lo buscas porque intuyes que su razón te dará alguna suerte de consuelo, o de ejemplo, o de fundamento. Lo único que recibirás es desesperación, y caerás; poco me importa que como persona algo así te suceda, pero juegas un papel importante en sus cavernas.

— Tengo la corazonada de que su historia me ayudará, es todo.

— No lo hará; vas a contaminarte con una corrupción que no se borrará de ti, más de la que ya tienes.

— ¿Tan segura estás, Elena?

— Es una corazonada. Temo que mueras, de una u otra forma, si te relaciones con él; no me interesa, pero hay al menos una persona que ya está sufriendo por ti. No busques un motivo para que te desechen como a todos los demás.

*

El Subsecretario se fue en la mañana siguiente, a primera hora. No había mucho más que Elena pudiese entregarle, salvo un nombre: Rita. El hombre lo mencionó envuelto en una congoja que le sacó unas lágrimas a ella, rememorando sus propias penas, sus propios muertos. Buscaba nombres de sobrevivientes, pero no pudo entregarle ninguno.

¿Requería de aliados? ¿Se le había dificultado su itinerario vengativo? Murieta sólo podía hacer supuestos. Tenía un amargo sabor en la boca; sabía que no podía seguir el consejo de Elena, por sincero que fuese, y aunque Pequeña Fidelidad se había esmerado esta vez, tampoco podía tomar la vía que aquella le ofrecía.

Vio el mar por última vez antes de marcharse. Se preguntó si después de todo podría encontrar en un lugar semejante, una paz semejante a la que Elena había conseguido. "*Todavía no lo merezco*", se recalcó en lo profundo. Éste sería su acto final.

— ¿Jefe?

— ¿Como vas, Paulina?

— ¿Me está hablando por mi nombre? ¿Tan enojado está conmigo?

— ...Gracias.

Y una voz suspiró feliz, del otro lado del teléfono.

Capítulo 17

Una propuesta

Pequeña Fidelidad lo detectó cuando ya había pasado un buen rato desde que salió de la Oficina de Correos. Una o dos veces a la semana, ella recogía la correspondencia del Subsecretario, siempre bastante abultada y que requería su revisión constante: memorándum de las oficinas de la organización, de algún ministerio o repartición pública, cartas de particulares y, cada tanto, misivas sin nombre y llenas de mensajes odiosos contra Murieta. Su jefe no era precisamente querido por los círculos dentro y fuera de la cofradía a la pertenecía, y cada tanto le recordaban esta condición. Ella se deshacía de las cartas convenientemente antes de que éste tuviese noción de que existían.

Desde el primer momento en el que se acercó a la casilla correspondiente y comenzó a hojear los remitentes de las epístolas tuvo la leve sensación de que estaba siendo observada. No era, en cierto sentido, un evento del todo imprevisto en tanto cabía la posibilidad de que el Ejecutor desconfiara de ellos y mandase uno que otro espía para verificar que trabajan correctamente. De ser ese el caso, no había problema; realizó entonces una seña con su mano izquierda, que consistía en que cada uno de sus dedos, desde el meñique hasta el índice, se tocaban con su pulgar. Significaba que ya era consciente de que estaba siendo vigilada y que comprendía la razón. Si hubiera sido un agente, captaría el mensaje y se retiraría.

No fue así. Mientras se alejaba más y más del centro de la ciudad, la sensación que de estaba siendo perseguida se acrecentaba. Se encaminó entonces a un sector de la periferia que conocía bastante bien, una zona de la ciudad antigua, aunque olvidada, donde reinaban los edificios comunitarios y los largos y oscuros pasillos e intrincados pasadizos y atajos creados por niños juguetones y criminales pasajeros, en partes iguales. Coloquialmente era conocido este lugar como "*El laberinto*", y aunque la opinión pública en general lo catalogaba como un sector peligroso, quienes vivían ahí lo abrazaban más como un refugio.

El ritmo excesivamente pausado que había mantenido durante todo el trayecto se quebró abrupto al doblar en una esquina; sintió que los pasos que le habían guardado una cierta distancia también se aceleraban, aunque ya sería tarde; del otro lado de aquella esquina un edificio en ruinas estaba abierto al público, y sus paredes desmoronadas exhibían numerosos agujeros por donde cualquiera podría pasar, conectándose unas con las otras. Virtualmente, era el escondite perfecto.

— Tú ganaste, jovencita— soltó entonces la voz de un hombre joven, aunque claramente mayor que ella. Desde un ángulo imposible para el

desconocido, podía Pequeña Fidelidad observar cómo su sombra se introducía en una de las habitaciones a medio caer. Se movió en concordancia.

— Te repito, tú ganas. Mi única intención contigo es corroborar que eres quien creo que eres, eso es todo.

Si resultaba que sólo la habían confundido con otra persona, se reiría bastante. Por supuesto, si no se trataba de una treta para hacerle salir.

— ¿Con quién crees confundirme?— preguntó ella dirigiendo su voz hacia otro lado, que por efectos del espacio se dispersaron por todas partes.

— Con una joven bastante hermosa— el hombre rió como aquellas personas que encuentran graciosas sus propias bromas, aunque nadie más lo hiciera; rectificó entonces—, y que ya he visto dos veces en dos escenas del crimen. Asumo que no son simples coincidencias.

— Quizás si estás confundido. No sé de qué escenas me hablas.

— Hotel D´France. Bodega de la calle Centinelas. ¿Te suena?

— No. Estás equivocado.

— En ambas ocasiones lucían sumamente sospechosos. Ah, y digo "lucían" porque siempre estabas acompañado de un hombre mayor que tú, y posiblemente mayor que yo. Él, serio y tosco, tú sonriente y a simple vista gentil. ¿Sigues sin ser tú?

— ¿Por qué me siguió, Inspector Briton?

— Recobró la memoria y también la omnisciencia; ¿Te mostrarás ahora o quieres más detalles? Podría agregar...

Pequeña Fidelidad emergió detrás de Briton, revólver en mano. El Inspector no temió por su vida, y sólo atinó a lentamente levantar sus brazos en señal de que no opondría resistencia, ni significaba una amenaza, siendo desarmado en unos instantes.

— Creí que estaría en el norte, en el Distrito Central junto al resto de su equipo.

— Entonces no es del todo descabellado...que ustedes existen.

*

¿Por qué había aceptado la invitación de aquel hombre? Pequeña Fidelidad sólo podía asumir que una parte de sí consideró que podía implicar alguna

clase de ayuda en la búsqueda que estaban realizando; indudablemente era alguien simpático, aunque su sentido del humor era poco habitual y tendía a ser algo hosco cada tanto. Compartía algunas cosas con el Subsecretario, siendo posible que se relacionaran bien en el futuro.

Briton mencionó algo relacionado a *su existencia*. La primera directriz del Manto implicaba el secreto, sino al menos la máxima discreción, en cuanto a la naturaleza de la organización y pertenencia de sus miembros a la misma. Siendo evidente que no pudo ser sólo una invención, alguien le había dado pistas, o lisa y llanamente rompió el Manto con alguna clase de fin. No era ocioso pensarlo; ¿Qué efectos podría tener que este civil contase con esa información mientras capturaba al asesino?

Había hablado de dos ocasiones en las que se habían encontrado. La primera había sido en el hotel D´France, cuando junto al Subsecretario interrogaron a Olivares, administrador del edificio, el que se negó a colaborar por todo el pasado que había tenido con la organización desde los inicios represivos de la Reclamación. La segunda ocasión se debió al encuentro del cuerpo sin vida del ministro Ardoza en una bodega subarrendada; llegaron ella y Murieta poco tiempo después de que la Policía Civil fue alertada, teniendo que ocupar las placas de la Dirección de Inteligencia que el Ejecutor les suministró en el inicio de la persecución. En aquella ocasión, el Subsecretario se negó a responder a las preguntas que esa joven, Mercado, le había realizado mientras inspeccionaban la escena del crimen.

— Tienen un profundo complejo de superioridad, o al menos tu jefe lo posee.

— ¿Me seguías porque... ?

— Creí que sería una buena oportunidad para solicitar algo de asistencia. Al parecer no tenían contemplado que uno de nosotros fuese a quedarse aquí. ¿Es malo?

— Es un evento no calculado. ¿Qué clase de asistencia crees que podríamos ofrecerte? No tenemos motivos para cooperar, ni siquiera sé si es conveniente dejarte vivo.

— Eso suena amenazante— Britón esbozó una sonrisa y la presión del arma sobre su nuca se la borró—. Vale, vale, entiendo la posición. Verá, joven incógnita, me he quedado sin muchas pistas de las cuales agarrarme, y eso es frustrante, quizás pueda entenderme. ¿No compartimos en este trance histórico el mismo objetivo?

— Los civiles deben ser mucho más ingenuos de lo que pensamos si creen

que colaboraremos.

— ¿Porque somos meros instrumentos, no?

— Nuestras prioridades son distintas. Y nuestras metodologías también; la colaboración no tiene sentido.

— ¿Y si le hiciera una invitación sin compromiso, joven?

Pequeña Fidelidad arqueó una ceja preguntándose cómo podía aquel sujeto tener la confianza de intentar tretas dada la situación en la que se encontraban. Y cuando estuvo a punto de noquearle para que le dejase tranquila, una posibilidad extraña vino a su mente. Era una apuesta dada en el momento, con pocas chances de éxito, pero cuya realización bien podía ponerlos por delante de los planes del Prétor, que había dado con un nicho importante. Bajó entonces su arma y explicó su propuesta, mientras las luces de la ciudad iban apareciendo y titilando frente a la noche que se acercaba.

Capítulo 18

Vida cotidiana (Parte I)

Arturo despertó sobresaltado, exhausto, sudando. Aquel sueño volvía a asaltarle, y tras la ducha fría de la mañana, también había vuelto a olvidarlo. Creyó, con seguridad, que la borrachera del día anterior mantenía sus efectos sobre su cuerpo, y que una buena comida le quitaría las reminiscencias del alcohol.

Recordó que las niñas estaban en Valdivia, una urbe costera a tres horas de la Ciudad del Sur; eso explicaba el silencio sepulcral dentro de la casa, la que intentó disminuir encendiendo la radio. ¿De qué se trataba el sueño? No podía recordarlo y eso le ofuscaba por momentos; llevaba varios años despertando cada dos o tres días con esas imágenes difusas que tendían a desaparecer cada vez que intentaba encontrarles algún significado. Volvió a olvidarlo en cuanto vio que dentro del refrigerador agonizaba únicamente una lata de cerveza, nada para comer. Qué bueno que las niñas no estaban.

La reunión con los demás había sido un tanto tensa; cuando se emborrachaban o drogaban de esa forma (la nariz aún le ardía a él), siempre terminaban discutiendo por nimiedades. Muy de vez en cuando recordaban sus días de servicio y las peleas se enfrascaban en determinar quién había sido el culpable o el instigador de tal, o cual acto por el que les castigaban con diez o quince kilómetros de carrera alrededor del campamento. Una extraña mezcla entre diversión y enfado les envolvía cuando esos recuerdos emergían, y siempre alguien terminaba furioso. Esta noche había sido él; su mano enrojecida había golpeado una pared de concreto, inútilmente.

Se vistió, tomó su teléfono y partió hacia la entrada; antes de cruzar el umbral de la puerta recordó que sus llaves estaban en aquel pantalón que tenía el vómito suyo y de otros dos personajes, y que por obvias razones se encontraba en el interior de la lavadora, esperando para que esa inmundicia fuese quitada de encima. No se molestó en ir a buscarlas; el barrio donde vivía era tranquilo, casi aburrido. Nunca sucedía nada ni entraba nadie, y buena parte de las personas que eran sus vecinos resultaban ser militares en retiro o segundas residencias dejadas solas en esta época del año. La panadería a la que acostumbraba visitar estaba a sólo dos cuadras, y dejó la puerta entreabierta tras de sí.

Mientras cancelaba unos dulces obscenamente rellenos de manjar y crema pastelera, intentó recordar las pocas conversaciones coherentes que había intercambiado con los demás la noche anterior. No pudo. Sólo el sonido de las copas golpeándose al sentido grito de un "¡Salud!" eran nítidas en su cabeza, todo lo demás borroso y por tanto poco creíble. Mientras se

acercaba a la casa hizo el esfuerzo de seguir recordando, y sólo una palabra parecía surgir de la nebulosa memoria; aún no la capturaba, su significado se escapaba, aunque lo tenía en la punta de la lengua.

Entró con normalidad, dando un pequeño giro para cerrar la puerta con pestillo; el movimiento había sido rápido, y una mancha oscura surcó su visión. En el momento en que se había ubicado de nuevo frente a la puerta y levantado la mano derecha para colocar el seguro de la misma, el tiempo se detuvo. Se reanudó por dos eventos: usando su visión periférica, observó a duras penas cómo la mancha oscura se movía fugaz hacia él, y había recordado entonces la palabra que buscaba: "asesino".

Medio segundo después, el antebrazo de Arturo era atravesado no muy limpiamente por una cuchilla alargada y punzante; el mundo rural circundante a la Ciudad del Sur conocía esta clase de cuchillo como "matarife", cuya hoja permitía apuñalar mortalmente a alguna cabeza de ganado menor destinada al sacrificio. El cuello de dicho animal era atravesado por la cuchilla, que con leves movimientos producía fuertes caudales sangrientos que terminaban con la vida de la criatura en cuestión. Arturo observó que la altura en la que el arma había sido ejercida correspondía con seguridad a su propia garganta; había escapado por unos escasos centímetros, mas no ileso. El asesino sonrió.

— Mantienes buenos reflejos. Lástima que esta vez no te vayan a servir— le dijo éste mientras con un movimiento de muñeca daba a la cuchilla una torsión dolorosísima. La fuerza del impacto había sido tal que no sólo el brazo de Arturo fue atravesado, sino que la punta de la hoja se enterró con un par de centímetros de profundidad sobre la puerta.

— ¿Quién mierda eres? ¿Qué quieres?— soltó bravo la víctima, que había tomado la muñeca atacante de su victimario, y le apretaba vigorosamente para que soltase el cuchillo. El asesino no cedió.

— ¿Tan dopado sigue tu cerebro después de lo de ayer? Quizás esto pueda despertarte...— y una torsión mayor de la cuchilla hizo gritar a Arturo, quien no pudo evitarle pese a que usó toda su fuerza contra la mano de su enemigo. Le miró a los ojos y numerosos sentimientos creyó captar en aquella mirada.

Rabia, ese era el componente principal. Miedo, lo que era lógico considerando su situación. ¿Placer? Las torsiones por las que empujaba con más fuerza la hoja encandilaban su pupila cuando, victorioso, hacía chillar a Arturo del dolor. Disfrutaba el espectáculo de una sangre danzante que caía desde el brazo del mismo al suelo. No reconocía más emociones, pero la mirada le absorbió por otros instantes más. Craso error.

La segunda cuchilla entró todavía más rápido esta vez, penetrando entre la tercera y cuarta costilla del desdichado Arturo, quien atinó anacrónicamente a tomar el arma; ésta ya no estaba, y en su lugar, a borbotones su líquido vital le empapaba la camisa. Volvió a mirar al asesino, pero éste ya no le prestaba atención, mantenía la cabeza gacha, esperando. No paso mucho tiempo hasta que el cuerpo se desplomó casi completamente, salvo el brazo derecho que seguía colgando del cuchillo enterrado en primer lugar. Qué bueno que las niñas no estaban.

El asesino revisó las pertenencias del difunto hasta encontrar su teléfono, guardandoselo en un bolsillo. Volvió a mirar el cuerpo preguntándose si el infeliz había sido tan estúpido como para creer que había logrado entrar por la puerta mal cerrada. En realidad, el asesino entró con él en la madrugada, cuando todavía el trago y la cocaína se hallaban presente en su cuerpo. Sinceramente, esperaba poder matarle más lentamente, pero la situación había cambiado en los últimos días y necesitaba eliminar al perraje con algo más de velocidad. Marcó un número y afirmó:

— Costa fue ajusticiado, aunque no pude obtener mucha información.

— Gorostiaga accedió a hablar por estos momentos, aunque dudo que vuelva a tener oportunidad de articular palabras de nuevo; ¿cómo dejarás la escena?

— Tengo lo que necesitaba.

— Entiendo. Nos vemos acá.

El asesino fue a la cocina y tomó unos fósforos que tenían a mano. Subió al segundo piso para buscar algunos bidones de bencina que había trasladado mientras Arturo roncaba casi inerte sobre su cama; poco a poco, fue dispersando el combustible sobre el piso, las paredes, la ropa de cama, la leña para la chimenea de la sala de estar, y sobre el cuerpo del mismo fallecido. Una sola chispa se escuchó caer mientras el asesino salía de la casa con extrema tranquilidad, trayendo entre sus manos lo que Arturo había comprado para sí.

Esta vez no volvería a quedarse viendo cómo la morada ardía, pues tenía cosas que hacer, que preguntarle a Gorostiaga. Un humo tenue emergía desde las ventanas que no habían sido cerradas, pero nadie diría o haría nada. Era un barrio muy tranquilo.

Era un alivio que las niñas siguiesen en Valdivia.

** Saludooooos! Este capítulo demoró mucho en salir y aún así es corto; la Universidad y la vida han atacado estos días por lo que sólo he podido pensar en los capítulos que siguen.

Les invito a continuar con la historia, el siguiente capítulo saldrá en dos días más **

Capítulo 19

Vida Cotidiana (Parte II)

Una fina llovizna se precipitó antes de que alcanzara aquella banca cubierta por aquel árbol frondoso; las perlas de agua salpicaron su abrigo por aquí y por allá, pero el Subsecretario no se detuvo a pensar en ello. Como siempre hacía cuando estaba algo nervioso, jugueteaba con sus manos entrelazadas revolviéndolo sus pulgares rápidamente, exhalando sobre ellas cada tanto para calentarlas. Era un día bastante frío.

¿Hace cuánto le había visto? Hace tres años. ¿Y por qué le había visto aquel día? Para darle un pésame. Un amigo muy cercano a ella y a su familia, junto con otros jóvenes, fueron encontrados degollados y vejados en torno al centro de una plazuela de la ciudad; sabía él que tenían una íntima relación ya que el propio joven se lo confidenció en una noche de juerga. Las palabras fueron breves, concisas, pero su efecto fue desastroso: Rocío sufrió una desintegración emocional de la cual el Subsecretario sólo pudo enterarse en la medida en que sustraía copias de los archivos médicos de la psicóloga que le atendió durante año y medio. Por conveniencia, y cobardía, no mencionó su grado de responsabilidad en el macabro incidente.

— No pensé que vendrías — soltó Rocío Reyes, mientras parecía buscar una sonrisa adecuada a este reencuentro. No la encontró.

— La última vez que nos vimos te pedí que si necesitabas algo, sólo debías pedirlo e intentaré ayudarte. Sólo me he limitado a cumplir aquella promesa estando aquí.

— Gracias.

Rocío parecía confusión, compungida. Aquel hombre, en realidad, no le producía ninguna confianza. Era demasiado amable, en exceso afable, casi parecía que mentía, que estaba engañándola con cada dulce palabra. Como la última vez.

— Debe haber una buena razón para que me hayas traído aquí— soltó el Subsecretario a fin de iniciar la conversación—, siendo sincero, creí que ya habías olvidado mi existencia.

— Existe para mí porque se relaciona a lo que pasó. Mis recuerdos de él y su imagen son indivisibles ya.

— Lamento ser una equivalencia a tu dolor.

Más silencio doliente.

— Supongo que hay algunas cosas que debo contarle para que pueda ayudarme después, ¿no? Se trata sobre mi esposo, Rodrigo. ¿Lo recuerda?

— Lo recuerdo. Trabajaba para la Dirección de Inteligencia del Ejército hace tres años.

— Sigue ahí, aunque agradezco que sea con mejor sueldo. A veces se ausenta por largos períodos de casa justamente por ello, pero acaba de regresar hace poco.

— Eso suena bien— el Subsecretario sacó un encendedor. Él no fuma, no sabe cómo hacerlo, sólo lo hacía para que existiese un ruido más allá de sus voces y de la lluvia, demasiado fina para escucharse.

— Lo es, en verdad, somos muy felices cuando eso sucede...

— Pero...

— ... pero esta vez fue algo distinto. Fue convocado para integrarse a una misión, una investigación; está al mando un sujeto de apellido Frías, ¿lo conoce? Por su cara pareciera que no. Rodrigo no ha querido contarme nada más, no quiere que me involucre, aunque entiendo sus razones.

— Él desea protegerte, es comprensible. Y no, no conozco a Frías, aunque podría investigar un poco si eso te deja más tranquila— guardó el encendedor después de pasar a quemarse—. ¿No sabes nada más?

— Habló de unas muertes extrañas, de personas importantes.

Entonces era eso. En cierta forma, el Subsecretario sospechaba que la organización no se quedaría tranquila sólo enviándole a él y a Pequeña Fidelidad como los agentes encargados de la captura del asesino; el Ejecutor estaba más que desesperado si tuvo que recurrir a una fuerza auxiliar para ampliar la capacidad de búsqueda. No era tampoco una sorpresa que enviarían a un oficial de confianza del alto mando y que lo nombrasen como prér, pero Frías definitivamente era un problema.

Por supuesto que lo conocía. Era el hombre que tomó su trabajo hace tres años, y que sin dudar, dio la orden de masacrar a los doce jóvenes de la plazoleta, el mismo hombre que después le encaró su falta de coraje, y que insinuó su traición con los principios que inspiraban a la organización. Frías intentó llevarle a un juicio de fidelidad, aunque sin éxito, pero estaba más que claro para Murieta que aquel oficial le detestaba. Que lo hubieran

nombrado prétor agravaba la situación; ese cargo investía de capacidad militar y judicial itinerante, pudiendo juzgar a su objetivo y eliminarlo sin necesidad de un tribunal. Era un enorme problema, porque tenía la potestad de eliminar también a sus obstáculos.

— ¿Sucede algo? — preguntó

— No, nada. ¿Qué puedo hacer por ti?

— Quiero que salves a Rodrigo de esto... se me hace demasiado peligroso, y él no tiene razón para estar inmiscuido en esto. No sé si puedas en verdad, pero si es posible, te pediría que lo sacaras de esto.

— Suena más fácil de lo que es, pero lo intentaré— Murieta le dio una pequeña palmada en la espalda a la mujer, de cuyo rostro con esfuerzo mantenía a raya las lágrimas. Imaginó que en su mente podía visualizar a su esposo inerte sobre el suelo de algún lugar público; intentó empatizar con su interlocutora, pero no pudo hacerlo. No podía en su propio estado entender el dolor de otras personas, y en el fondo de su corazón, no había espacio para sufrimientos ajenos. Se había vuelto bastante egoísta.

Escucharon ambos el dulce tintinear de una campana, y la emergencia de numerosas voces de niños, que terminaban otra jornada de escuela; de la masa de pequeñas personitas que revoloteaban, una tenía clara trayectoria hacia ellos dos, y antes de que diera cuenta, Rocío ya había recobrado la compostura y sumergido sus lágrimas otra vez. Su hija le abrazaba con una fuerza inusitada.

— ¡Casi nunca vienes a buscarme, mami!— soltó Nadia mientras llenaba de besos la cara de su madre, acto seguido, fijaba su mirada en aquel hombre que le hacía compañía.

— Es un viejo amigo de mamá, saluda Nadia— dijo la madre, y por unos instantes la niña dudó, y cuando ya se había decidido al menos a dedicarle una mirada amistosa, el hombre ya se había levantado y despedido.

Pequeña Fidelidad había enviado un mensaje; un muerto más, alguien menos importante, pero que había sido asesinado con el modus operandi similar a la de los demás. Antiguo soldado de los regimientos que apoyaron la Reclamación, cuando "apoyar" era estar dispuesto a matar y torturar en nombre de quienes se alzaron. En un país normal él y el resto de los colaboradores habrían sido enjuiciados, pero el curso político que tomó el régimen les dejó limpios de polvo y paja.

La Reclamación. La Recta Provincia, la organización a la cual pertenecían. La Policía Civil. Las bifurcaciones de los caminos que habían tomado. Un asesino solitario. ¿Qué unía todos estos componentes en una historia que fuese coherente? ¿Qué le había dicho Elena? "*Vas a contaminarte con su*

corrupción".

— El cachorro encontró una pista interesante, aunque complicada a la vez.

— Sigo sin entender por qué involucraste al inspector con nosotros, Paulina— el Subsecretario parecía algo molesto—. No hemos determinado dónde están sus lealtades.

— Descuide, es un perro fiel. ¿Espero su llegada o le ofrezco asistencia?

— Apóyale; aunque su comisario confíe en su capacidad, los agentes de las otras direcciones no tendrán conmisericordias si se mete donde no se debe. El muerto no irá a ningún lado, pero necesitareé revisar si es que podemos obtener algo. De ahora en adelante, continuaremos solos, *Pequeña Fidelidad*.

— Nos vemos en cuatro días más, jefe.

— Adiós.

Capítulo 20

Lobos y ovejas (Parte I)

Cuando Vanessa Mercado se presentó ante su oficina aquella mañana, creyó que estaba viviendo alguna suerte de broma. Una agente de rango inferior, con un puñado de otros agentes igual de inferiores que ella, que venían de aquella ciudad de aire enrarecido y clima atípico, cargaban con una Orden Prevaliente solicitando una cantidad de información altamente sensible. Risible, por lo menos. En los cinco años que llevaba como Fiscal de la zona oriente del Distrito Central, creía que nunca se habían presentado en su despacho una combinación de elementos tan poco comunes y tan difíciles de tomar verdaderamente en consideración.

Antes de hacer pasar a Mercado directamente con él, llamó al superior directo de la subinspectora, un agente veterano de apellido Sáez. Mientras revisaba su expediente, bastante pulcro para ser sólo un Comisario en opinión del Fiscal, la historia le hizo mayor sentido. Un asesino que había burlado a las ramas de Inteligencia de las fuerzas armadas y de la policía política, era un caso voluminoso en términos de complejidad, y revaloró los esfuerzos de estos agentes novatos, no obstante, también consideró que sólo les habían entregado el caso para que fracasasen; cuando una tarea dentro del Estado se volvía demasiado problemática, era mejor dejársela a alguien que se sabía, iba a producir un desastre. El responsable es degradado y con su experiencia viva se regresaba al problema, mucho más manejable tras haber reventado.

Mercado volvió a explicar su misión, y el Fiscal simuló no tener ni la más remota idea de lo que le estaban hablando: se sorprendió y preguntó de la misma forma que lo haría un completo ignorante de la situación, sólo para comprobar hasta qué punto este cuerpo de investigación estaba preparado para su tarea. La explicación de la subinspectora fue prolija, concisa, y Orellana se lamentó no tener agentes en su propia repartición que fuesen tan claro para trabajar. El Fiscal le detuvo en un momento.

— El grupo de personas que hemos delimitado de forma no exhaustiva ni tampoco excluyente a otras que puedan aparecer en el camino, comparten distintos niveles de responsabilidad en distintas instancias dentro de una misma época, que como ya le mencioné, es de la Reclamación. El caos administrativo que implicó ese periodo evitó que...

—...Que existieran antecedentes públicos y todo lo relacionado a eso, ya lo sé, Mercado. Lamento haber sido quisquilloso con usted desde el principio, pero tiene que saber que estoy informado de prácticamente todo lo que vino a decirme— Mercado hizo una mueca que por segundo pareció perfilar algo de molestia, pero se esfumó con la misma rapidez—, fue un comportamiento algo tonto, pero necesario. Sinceramente, pensé que

perdería mi tiempo con el caso que traen entre manos. Se alegrará de saber que he cambiado de opinión.

— Lo cual implica que...

— Tendrán apoyo de la fiscalía. El criminal que buscan compromete con creces la seguridad interior del Estado, sería una omisión vergonzosa no ofrecerles asistencia. Claro, si yo fuese un servidor público ejemplar. Cosa que no soy.

El Fiscal sacó de un cajón del férreo escritorio que tenía al lado, un pequeño aparato que parecía ser una caja de música. Apretó algunos botones y un tenue zumbido se propagó por toda su oficina, mientras el walkie-talkie de la agente soltó una estática tan molesta que tuvo que apagarlo. Los ojos marrones de Vanessa se entrecerraron mientras Orellana no se decidía por el lugar idóneo para ubicar su complejo juguete.

— ¿Sucede algo?

— Mis resguardos son algo atípicos, agente. Esta conversación compromete mi seguridad, que es mucho más importante, a juicio personal.

— ¿De quién se cuida, Fiscal?

— El funcionamiento del Estado desde la Reclamación es una maraña de relaciones, datos y mentiras que crece todo el tiempo; las instituciones que conforman el aparataje público se encuentran, probablemente casi todas, envueltas en dos tipos distintas de estas relaciones. La primera es la que tiene usted para con su trabajo. Le explico: sólo con la conversación que hemos tenido, detecto que tiene un sentido auténtico del deber y el cumplimiento de las metas propuestas mediante métodos legítimos, por razones legítimas. A ese tipo de relaciones las considero institucionales.

— Presumo que el otro tipo es el que provoca estas— y señaló Mercado el aparato de zumbido— demostraciones de desconfianza.

— En efecto. El otro tipo de relaciones tienden a intereses particulares, con un sentido particular que cumple objetivos personales o clientelares. Abusan de los métodos, omiten sus razones. Yo las denomino como patrimoniales, pues ocupan su posición en torno a proteger diversos tipos de patrimonio, mucho más allá del económico. ¿Le aburre esta exposición, subinspectora?

— No exactamente; sólo no comprendo el meollo del asunto, el por qué

me está hablando de esto.

— Ah, siempre olvido ser sencillo. Es porque nunca en mi tiempo a cargo de esta fiscalía observé cuantas relaciones patrimoniales se han movilizadas en torno al caso que ustedes traen consigo.

— ¿Cómo? Explíquese por favor.

— Estimada, ¿Sabe cuántas circulares he recibido y ojeado de otras reparticiones negándole el apoyo a su misión? ¿Cuántas personas se me han acercado a discurrir sobre lo improductivo de ofrecerles asistencia? Por supuesto, institucionalmente la opinión del gobierno es clara: se les otorgarán todas las facilidades para el éxito de su cometido.

— Pero...

— ¡Pero por debajo, distintas autoridades han cortado vías de comunicación y de recursos para ustedes, incluso antes de saber que vendrían! ¿Sabe qué es lo más gracioso?

— No. No tengo ni la menor idea, y esto ya se está volviendo extraño, con todo respeto señor.

— Es que lo es; lo más gracioso, es que las personas que han realizado el boicot a sus gestiones en esta ciudad, coinciden casi perfectamente con quienes componen la lista que me acaba de mostrar! ¿Qué puede significar aquello, intrépida estimada?

— Que ellos están involucrados...

— En efecto.

Capítulo 21

Lobos y ovejas (Parte II)

De eso habían transcurridos varios días. La Fiscalía tuvo, como nunca, días bastantes ajetreados en los que se hicieron cargo de todo el embrollo administrativo con el fin de que el cuerpo de investigación de Mercado se focalizara en hacer las pesquisas necesarias, y con algo de trabajo y suerte, lograsen dar con algunos sospechosos. Lo más sólido que habían conseguido en estas jornadas eran justamente la detención de un tipo musculoso y el cuerpo del suicida ardiente (sí, Orellana era algo extraño). Por las informaciones que compartían a diario, el Fiscal tuvo acceso al poco ortodoxo método que habían utilizado para dar con los sospechosos.

Ramírez era, en términos estadísticos, uno de los nombres que más aparecía en los registros de Álvarez, el suboficial de transporte de los tiempos de la Reclamación. Había hecho numerosos viajes acompañando a dos de los asesinados, Ardoza y Sanfuentes, y continuaba siendo una personalidad política gravitante como secretario general de uno de los partidos políticos del régimen. Si la tesis de Mercado era correcta, éste sujeto sería la principal víctima del asesino debido a su notoria injerencia, y si su modo de operar era coherente, al menos en el sentido de “disfrutar” de su víctima, era lógico asumir que no se quedaría impávido si alguien externo parecía arrebatarse a su presa.

Alfredo Jiménez tuvo una idea que mientras desarrollaban, se volvió menos excéntrica y que podía surtir algunos resultados positivos si tenían suerte y reunían las condiciones. El secretario general vivía en un barrio que era bastante frecuentado por un variopinto conjunto de personas, las que rondaban por distintos tipos de razones cerca de la casa del sujeto en cuestión; siendo así, ¿no era factible que el asesino estuviese rondando cerca de la misma, aprovechándose del comportamiento nocturno de los vecinos de Ramírez? Y si este era el caso, ¿cómo hacerlo reaccionar, cómo obligarle a mostrar interés por él?

— ¿Secuestrarlo? Deben estar bromeando.

— Siendo exactos, Fiscal, es simular un secuestro— la voz de Mercado poseía una clara compostura, era algo que había reflexionado bastante—. Si el asesino está tras Ramírez, intervendrá de alguna manera, y estaremos esperándole.

— ¿Sabe siquiera los problemas que generará esta apuesta estúpidamente arriesgada? Tal parece que le juzgué mal subinspectora, es un plan nefasto.

— En el peor de los casos, no sucederá nada salvo que Ramírez será puesto bajo nuestra vigilancia, y por tanto, en una situación de seguridad. Se le explicarán las circunstancias de nuestras acciones, y con suerte entenderá nuestras razones.

— O emitiré un sumario para todos ustedes, el descrédito le dará la razón a quienes se negaban a apoyarles subrepticamente y perderán la posibilidad de dar con el asesino— Orellana dio un largo suspiro de exasperación—. Pero si quieren hacerlo, adelante. Retrasaré la llegada de la guardia del secretario en la hora que ustedes propongan; está demás señalarles que cualquier imprevisto y error será por cuenta suya.

— Se lo agradezco, Fiscal.

¿Quién hubiera dicho que una estupidez de esa calaña habría resultado? La simulación de secuestro de Ramírez implicó ocupar algo de fuerza bruta contra la víctima de ensayo, pero más allá de la típica protesta juvenil de un par de amigos un poco alcoholizados que iban pasando, el pez gordo se mostró casi instantáneamente: se acercó presuroso armado mientras amedrentó con un cuchillo a quien llevaba maniatado al secretario general. Mercado emergió desde una posición cercana aunque bien oculta, y comenzó con la persecución que dejaría como saldo al sospechoso inicial muerto y rostizado, y al muchachote bajo vigilancia del cuerpo de investigación.

— No le he perdonado esta jugarreta— fue lo primero que dijo el Fiscal al visitar el Canil, al día siguiente de haber capturado a su prisionero—. Incluso con su éxito, el partido de Ramírez ya emitió una nota de queja para la alta dirección de la Policía Civil. Su comisario no estará precisamente contento.

— Consulté con el jefe antes de conversar con la subinspectora— dijo a modo de disculpa el detective Jiménez, artífice la simulación.

— Obtener una prueba sólida vale todas las amonestaciones posibles, algo así fue lo que dijo Sáez desde Ciudad del Sur— Mercado traía consigo una cuantas ideas sueltas escritas sobre varios papeles: eran todas anotaciones de las conversaciones que había intentado mantener con el cautivo, lo poco que pudo hablar con el difunto, y sus propias impresiones junto a la de su compañeros.

— ¿Una lluvia de ideas? No tuve necesidad de una desde la Academia del Ministerio de Justicia— Orellana miró con cierto desdén la multitud de palabras ahí estampadas.

— Sí, es una metodología un poco sosa, pero puede hacernos emerger algo. Por supuesto, usted no vino a colaborar con nosotros en este tipo de cosas, ¿no es así, Fiscal?

— Por supuesto que no. Soy un hombre de antecedentes y procedimientos; se da la casualidad de que tengo más pruebas sólidas a su alcance, subinspectora. Esta es la situación.

Emilio Taradriz era un exitoso empresario que había surgido a raíz de la Reclamación, fundamentalmente por haberse hecho con numerosas empresas públicas y de sentido público que fueron desmembradas debido a la muerte incidental de sus dueños en circunstancias de violencia política. Habiendo iniciado como prestamista, se le entregaron distintas propiedades que luego demolió, para construir encima de las ruinas una serie de modernas edificaciones que luego eran compradas por las reparticiones del gobierno para la instalación de las viejas y nuevas instituciones nacidas del caos administrativo. Negocio redondo.

Indudablemente se hizo acreedor de una amplia red de influencias; su empresa inmobiliaria dominaba con facilidad en la mayor parte de las licitaciones, cuando éstas se realizaban, aunque lo usual era que fuese directamente contratado por el Ministerio de Vivienda y Urbanismo. A sus casi cuarenta años, Taradriz tenía bastante injerencia en la planificación de distintas ciudades, incluida el Distrito Central, y podía, si quería, bloquear cambios en la regulación de las urbes bajo su égida si éstos no prometían alguna clase de futura inversión de su compañía. Era, desde cualquier punto de vista, un personaje gravitante.

— Su muerte, por tanto, tendría un efecto desestabilizador a lo menos dentro del Distrito Central. Si su teoría sigue siéndonos útil, el asesino y quien le esté ofreciendo apoyo, irían tras él debido al golpe político que implicaría perder a Don Ladrillo, como es conocido coloquialmente.

— Ahora usted parece jugar con la suerte, Fiscal— le enrostró bromeando Vanessa—, ¿no es un poco azaroso sindicar a una potencial víctima sin pruebas concretas?

— Se equivoca en esto, agente. El mismísimo Taradriz se comunicó conmigo para hacer un trato: ofrecerá información privilegiada en la medida en que le otorguemos un mayor grado de seguridad a la que le está entregando el cuerpo de voluntarios del Ejército. Hemos agendado una reunión para tres horas más, y solicitó a tres miembros del cuerpo de investigación para escoltarle a un recinto de seguridad que hemos preparado.

— No esperaba eso.

— Más sorpresas: es obligatorio que usted se presente, por lo que tendrá que escoger a los otros dos acompañantes. Les llevaremos en unos autos que el mismo Taradriz gestionó para la operación.

— ¿No es un poco presuroso?

— Eso es lo más esencial, Mercado. Taradriz está asustado; un amigo de su juventud fue encontrado muerto dentro de su cada hecha ceniza, y se habían reunido hacia unos cuantos días. La paranoia de las casualidades no casuales transforma hasta al más fiero de los lobos en una tierna ovejita.

— Quizás sólo tiene un disfraz ovejuno; ¿Tanto impacto tuvo la muerte de esa amistad? ¿No será acaso una excusa?

— Será su misión descubrirlo, en cualquier caso. Alístese.

Los lobos ya merodeaban por los alrededores.

*iiEn el siguiente capítulo nos alejaremos un poco del Distrito Centran y volveremos a la Ciudad del Sur, donde el Inspector Briton también está avanzando!!

Se agradecen mucho los comentarios, nos vemos!

Capítulo 22

Séptimo Regimiento (Parte I)

Gabriel recorrió suavemente el muslo de la muchacha, la que se revolvió con pereza en la cama; se detuvo el joven esperando no haber interrumpido el descanso de su compañera, la que terminó por revolverse entre las sábanas, respirando tan liviana y serenamente que volvía el paso del tiempo una cosa pausada, miserablemente tenue dentro de aquella habitación de hostel. Seguro de que el abrazo de Morfeo no hubiese concluido, con sutileza desenredó su cuerpo del de ella, y se levantó a tomar un poco de agua y a orinar. No en ese orden, pero iba por ambas cosas.

Su rostro había recuperado un poco su aspecto original. Las noches que cortó en los días anteriores por prepararse para el examen de ingreso le estaban pasando la cuenta, sobre todo alrededor de la cuenca de sus ojos, ennegrecidos por la vigilia permanente. Se acarició el rostro sólo para cerciorarse de la pésima sensación de estos días sin afeitarse, y se lamentó la tersa piel de su compañera. Con un jabón recién comprado y la vieja navaja, se deshizo de la barba y el bigote incipiente que se habría pasado por su agreste tez. Regresó a la habitación.

El sol se esforzaba por traspasar la gruesa cortina azul de la ventana corredora, y Gabriel le dio el triunfo final abriéndola de par en par; aquel día de verano estaba ya en la mitad, y se molestó un poco por lo tarde que era; se disculparía luego con Benjamín porque no podría llegar al almuerzo de felicitaciones que él y los demás le habían preparado. Quizás era más importante pasar unas cuantas horas más aquí.

— ¿No es muy tarde...para ti?— preguntó Claudia mientras bostezaba; algunos cabellos se le habían metido en la boca, mientras una línea blancuzca de saliva brillaba desde la comisura de sus labios a la base de su cuello. Creyó que se incorporaría, pero sólo se reacomodó para quedar boca abajo mirándole.

— Le enviaré un mensaje a los demás diciendo que demoraré. O que no iré.

— ¿Alguna razón en particular? Nory te matará si no vamos a comer lo que sea que haya preparado.

— Lo sé; podemos ir si quieres, aunque no me siento del todo animado.

— Si no tienes ganas de ir no hay problema; debes seguir cansado por todos estos días.

— No es tanto eso. Sólo quiero quedarme aquí un tiempo más.

Se acercó a la muchacha que le recibió con la fuerza que tenía hasta el momento en los brazos, cayendo voluntariamente sobre la cama. Hubo muchos besos indescriptibles.

— Ahora que eres un detective, ¿crees que te enviarán a algún lado lejos de mí?

— Quién sabe, creo que están necesitando gente en alguna de las ciudades circundantes, en el Distrito Central está más que copado.

— ¿Alguna ciudad costera? Ojalá pudieses ir a la Urbe del Puerto, me encantaría ir a visitarte allá; o si fuese alguna de las ciudades de la Liga Lacustre, es muy bonito también allá, tienen buena gastronomía.

— ¿Y la Ciudad del Sur?

— La Ciudad del Sur— Claudia arqueó un poco sus cejas—,.. ¿No es un poco... sombría? Es decir, no hay muchas cosas interesantes que hacer, no hay más que unos cuantos lugares atractivos, su clima es terrible e inestable, sus calles son feas, las personas que habita ahí tienen la mala fama de ser algo antipáticas y...

— Vale, vale, son suficientes razones.

— La principal es que lo que pasó en aquella plazoleta con los jóvenes degollados ha dejado a muchos con los nervios crispados; sé que fue hace ya seis meses, pero sigue siendo terrorífico lo que pasó, y más aún, que no se hayan encontrado algún sospechoso.

— Sería un caso interesante de resolver...

— No bromees con eso — le reprendió ella tirándole una almohada—, presiento que debe ser bastante peligroso meterse en ese lío.

— No era una broma; el caso no se resolvió supuestamente por falta de evidencia y por escasez de personal, si es posible suplir uno de esos componentes es un deber hacerlo, ¿no lo crees?

— A veces me molesta mucho ese aspecto de ti, ¿sabes?— Claudia se acercó para volver a besarlo—. Vístete ya, amor, no será agradable hacerles esperar.

El plan era que llegasen en distintos momentos; prácticamente ninguno de sus amigos estaba al tanto de su relación y la idea era dejar pasar un par de semanas antes de dar la noticia bomba. Él se fue primero, mientras ella se daba un baño y pasaba a su casa antes de ir a la de sus amigos; el lapso de tiempo era de poco más de una hora, pero Claudia nunca llegó.

— Lamento despertarle, Inspector, pero sólo puedo acompañarle hasta aquí.

Briton se incorporó de golpe. Pequeña Fidelidad no le había puesto la mirada durante todo el viaje salvo ahora, y lucía algo preocupada; con sus brazos entrecruzados sobre el volante del auto y su cabeza puesta sobre éstas, realmente parecía un poco agobiada por el hecho de haberle hablado. Quizás cuánto tiempo llevaba dormido, el cuello le dolía un poco y tenía la mejilla derecha enrojecida, probablemente porque se apoyó en todo momento en la ventana del vehículo.

— ¿Este es el lugar?

— No, Inspector, como le dije por teléfono, no es conveniente para ambos que alguien me reconozca y me vea cerca del objetivo— le mostró un papel que tras ser leído, fue incinerado en el quemador del auto—. El lugar que mencionaba el memorándum que acabo de enseñarle queda a unas doce cuadras en línea recta desde este punto; llegue caminando, lo más natural posible. Pida el nombre del trago que expresamente estaba escrito en el papel y espere.

— ¿Qué debo esperar?— preguntó Briton mientras ya simulaba en su cabeza lo que debía hacer. No parecía difícil.

— A tener suerte. En el mejor de los casos, le harán pasar. En el peor, le darán el trago y usted se irá inmediatamente, dejando bastante propina. No se ría, lo de la propina es en serio.

— Comprendo, sólo bromeaba. ¿Qué sucederá después de eso?

— Quedará a su criterio. Pero si no regresa en una hora, tendré que ir a buscarle; evíteme eso por favor.

— Lo que usted diga, jefa.

Gabriel Briton se desabrochó el cinturón para bajar del auto pero un movimiento veloz de la mano de Pequeña Fidelidad le detuvo. En completo silencio, ella enjugó una lágrima que el inspector no había notado que se le había escapado en el sueño. Sólo mirándose, sin intercambiar más palabras, volvió la muchacha a su asiento y le indicó al otro que debían

iniciar con la operación. Briton bajó y sólo le hizo una seña, mientras el auto maniobraba para darse la vuelta. Hace mucho que no lloraba. Aquel fuego mantenía sus cenizas vivas, endemoniadamente vivas.

Capítulo 23

Séptimo Regimiento (Parte II)

— *Un Séptimo Regimiento, seco*— soltó Briton ya dentro del recinto, que no era sino un bar bastante concurrido por las noches; un lugar de muchos problemas públicos para la administración municipal de la Ciudad del Sur, pues las noches de juerga poseían la tendencia de terminar en pleitos y rencillas de borrachos, y a veces, de sobrios peligrosos. El mesero le miró inexpresivo por unos segundos, y cuando el inspector repitió lo de *seco*, el joven pareció entender y le habló al barman, al oído.

El barman miró a Briton y unos segundos de duda fueron cerrados con otro susurro al oído del mesero que regresó a la mesa en la que Gabriel ya estaba moviendo por debajo los pies de la incertidumbre. El mesero sonrió.

— Justo ahora están preparando el trago para otra persona, pero si espera unos quince minutos más lo tendremos listo. ¿Acepta o le sirvo otra cosa?

— Esperaré, no hay problema.

La jovencita que le trajo aquí se equivocó en parte; no pensó en esta tercera opción, en que le harían esperar un tiempo. Serían quince minutos menos de los que la jefa tenía contemplado, y no dudaba ni un ápice en que ella sería bastante capaz de irrumpir en el resto-bar a punta de fuerza. De lo poco que Pequeña Fidelidad tuvo la deferencia de contarle, Séptimo Regimiento era tanto un trago como un código: el trago era una invención algo tosca, una mezcla tortuosa de varias bebidas alcohólicas fuertes: vodka, Ginebra, Whisky, Campari y ron eran los ingredientes de la variedad que él había solicitado, el seco. El código era una suerte de santo y seña que podía llevar a alguien a conversar con el regente del local, un hombre algo sombrío de apellido Arratia.

Arratia se movía sobre todo de noche; pasadas las diez, con el sol desaparecido, era más fácil encontrarle dando vueltas por los múltiples locales de expendio de alcohol y centros de reuniones que tenía a lo largo de la ciudad, aunque en el que se encontraba el Inspector era sabido por todos como su favorito. Era una sombra presente cuando había que hablar de la vida bohemia de la Ciudad del Sur, y también un personaje recurrente en los jugosos movimientos de bajo mundo, sobre todo cuando de productos poco convencionales se trataba. La Policía Estatal, por alguna razón, nunca investigaba a fondo los casos que le involucraban directa o indirectamente; existía un claro celo por mantener un estado de las cosas que en otras latitudes sería catalogado como corrupto, inmoral o

al menos inapropiado. Acá, sin embargo, era conocido como la cultura de la noche, con la que se convivía bastante bien, o al menos, eso parecía.

El Séptimo Regimiento era un mensaje de solicitud de ayuda; relacionado con un conjunto variopinto de personas, Arratia tenía muchos hilos distribuidos por toda la urbe, y existía una amplia posibilidad de que derivara a alguien con las personas indicadas para resolver cualquier problema, literalmente, cualquier situación. ¿Acaso no sabía ya Briton la existencia de este personaje y sus tentáculos? Sí, ya le conocía, pero Pequeña Fidelidad le había puesto en su camino no precisamente por el sentido común: un amigo de él había muerto en extrañas circunstancias, y el jefe de la muchacha, a quien ella se refería como "Subsecretario", consiguió acceder al historial militar del fallecido, Arturo Orrego, descubrió que había servido como elemento voluntario dentro de, justamente, el 7º Regimiento, que justamente, había servido durante los tiempos de la Reclamación. Demasiadas casualidades.

El plan de Pequeña Fidelidad, ejecutado por él, por supuesto, era que lograsen convencer a Arratia de que algo estaba ocurriendo, que él podía estar involucrado y a partir de eso acceder al caudal de información que suponían, por su posición él debía de manejar. Sonaba sencillo.

— Su trago está listo; ¿me acompaña?

— Le sigo.

No más divagaciones. El mesero llevaba sobre una charola dos copas que contenían un líquido rojizo, el que llevaba con equilibrio maestro mientras le indicaba Briton el camino por los pasillos del local. La iluminación era pésima y no pocas veces el inspector tuvo que apoyarse en la pared mientras tanteaba el camino; el mesero caminaba rectamente hasta la puerta del fondo. Llegado a aquel lugar, tocó dos veces la puerta y una tos seca fue seguida por un agrío "Que pase". El joven entró e hizo esperar a Briton afuera, regresando luego con la charola vacía. Deseándole una favorable acogida, se fue sin mirarle, y antes de que se diera cuenta, el inspector había quedado solo ante la puerta.

— Con permiso— dijo mientras traspasaba el umbral; un hombre algo regordete le miró con desagravio, no parecía desear la cita. Con desdén, le indicó una silla, frente a él. Varios fajos de billetes adornaban el escritorio. Un hombre sobrio.

— No tengo tiempo la verdad de seguir atendiendo gente, pero como eres el último y aún resta un buen rato antes de ir al Body's, tendré algo con qué entretenerme, supongo. ¿Qué quieres?

— Mi nombre es Ignacio Garrido, y he venido aquí para...

— ¿Acaso eres policía?

Briton se dio cuenta entonces que dos hombres estaban en las esquinas del cuarto, en sus espaldas, a los que no había notado debido a la iluminación de la pieza en la que se encontraba. Estos exhalaban fuertemente, en clara señal de amedrentamiento.

— Contéstame pues mierda, ¿Eres poli o no?

— Lo soy— sintió Gabriel los hombres acercarse, pero Arratia dio una señal con su mano— vengo por algo importante, algo que le puede interesar.

— ¿Es por la muerte de Arturo, no? ¿Es eso?— dijo aquel hombre y su rostro fue adquiriendo poco a poco un tono rojizo. De enojo.

Sus hombres entonces reaccionaron; cada uno tomó con inusitada fuerza uno de los hombros de Briton, pero particularmente el de la derecha estaba aplicando una presión excesiva. Contra todo pronóstico, Tiberio Arratia se levantó, mostrando interés en querer conversar más de cerca y frente con su invitado.

— ¿Cuál es tu nombre real entonces, perro del estado?

— Briton, de la Policía Civil.

— ¡Ah! Uno de esos suavitos de la poli civil. ¿Por qué enviaron a los de su tipo por esta causa? Creí que ustedes sólo rescataban gatos y encontraban ancianos con Alzheimer.

— Sólo nos dieron una serie de casos. Al parecer, los miembros de las gloriosas fuerzas armadas no fueron capaces de proteger a los suyos.

— ¿Se refiere a la muerte del senador? ¿Qué relación puede tener con Arturo?

— Eso es lo que vengo a preguntarle, Arratia. ¿Qué relación tenía con el fallecido?

El hombre rió con ganas. No sabía el inspector si era el ambiente o el mismo Arratia quien emitía un fuerte olor a alcohol.

— ¿Cree que está en su cuartel, muchachito? A esta hora, en este lugar, no tiene ninguna clase de jurisdicción. Las que valen son mis reglas, y mi regla principal— un puñetazo se deslizó bajo el estómago del inspector, que escupió sin poder contener el aire arrebatado—, es que yo obtengo lo

que quiero primero, y luego vemos qué queda para el resto. ¿Lo entendió entonces, Briton?

El inspector respondió con sus dientes rechinantes.

— Arturo fue asesinado, eso es lo que me dijo el policía de la estación que es amigo nuestro. ¿Saben quién fue?

— Si lo supiéramos no tendría razón de estar aquí, ¿no crees?— una bofetada concluyó la frase, mientras el pómulo izquierdo de Gabriel se enrojeció.

— Cuidar tus palabras sería una fantástica decisión, muchacho. Tú, el nuevo, deja que Ismael le tome ambos brazos, necesito que vayas donde Efraín y que le entregues el paquetito que está en la mesa. ¡Muévete, hombre!— le reprendió al sujeto que literalmente intentó moler el hombre del inspector; terminó obedeciendo y salió de la habitación unos instantes después, mientras Ismael (si es que ese era su nombre), tomaba por detrás a Briton de ambos brazos, como si fuese a esposarlo, aunque las muñecas del hombre ejercían bastante más dolor. Era mucho más corpulento y al menos diez centímetros más alto que él: no sería fácil escapar de aquel tipo.

— Intentémoslo una vez más, ¿vale?— Arratia pareció haberse calmado un poco, aunque se había bebido el vaso con el líquido rojizo de un tirón—. ¿Tienen información sobre el asesino de Arturo, sí o no?

— No, nada sólido. Sólo conjeturas que nos han llevado aquí.

— Siguen siendo igual de incompetentes que en el pasado, ¿no que no? Los chaperones nunca pudieron con nosotros, casi siempre les ganábamos a las presas... Por eso nosotros éramos soldados y ustedes simples y comunes ciudadanos.

— ¿Qué compartía con Orrego? Es importante saberlo para sacar cosas en limpio.

— ¿Con Arturo? Casi diez años de amistad. Era un amigo medio raro, medio hosco en el trato con otras personas, pero bastante fiel y bonachón con las personas indicadas, con las copas adecuadas. ¡Quién habrá sido el bastardo que lo mató, por la misma mierda!

— ¿Diez años? ¿Lo conocía antes de la Reclamación?

— Claro que sí, ¿no sabes contar acaso? De eso van unos siete años. Yo mismo le invité a participar como miembro voluntario de las tropas que pusieron orden tras el atentado al general. Cumplimos nuestro deber.

¡Nuestro deber!

— ¿Qué deber era ése? — Briton comprendió que el alcohol le había aflojado la lengua a este sujeto tambaleante e irascible. No había por dónde perderse.

— ¿Cómo que qué deber? ¡Defender al país, por supuesto! Cuando mataron al general en esa emboscada, estuvimos a punto de irnos a pique, de caer en las patrañas de los demócratas, de los liberales. La Reclamación vino a poner los puntos sobre las íes, y nosotros servimos a ese fin; el séptimo regimiento fue el más leal, qué duda cabe. ¿Por eso mataron a Arturo? ¿Por haber sido un hombre fiel? ¿Vendrán por mí ahora?

— ¿Recuerda qué hicieron o donde estuvieron? ¿Qué misiones cumplió su regimiento en esos años?

— ¿Tú crees que soy huevón? — la borrachera había vuelto a decantar en rabia, y su puño amenazante volvía a acercarse—, ¿crees que te voy a andar contando lo que preguntas? ¿Que no veo lo que intentas? A ti lo que te falta es aprender tu lugar, y yo te voy a enseñar un poco, ya vas a ver...

Un poco de ruido se escuchó a lo lejos. Entró de pronto el guardia novato que había entregado la mercancía de Arratia, y al ser consultado, sólo atinó a encogerse de hombros. La rabia del regordete caballero no cayó sobre la inutilidad de su hombre porque una llamada entrante parecía más urgente. Le hablaron de una mujer, de una intrusión. Pareció Briton reconocer la voz o del barman o del mesero que sonaba preocupada, asustada incluso.

— ¿Cómo que logró pasar?... ¿Qué con quién estoy acá? Con el policía que dejaron pasar, sí, era policía, con Ismael y con el chico nuevo... ¿A qué te refieres con que no han contratado a ningún chico nuevo...?

Lo siguiente ocurrió a enorme velocidad.

Un capítulo extraño ¿no?, aún nos queda una tercera parte!!

Les invito a comentar :3

Capítulo 24

Séptimo Regimiento (Parte III)

Lo siguiente ocurrió a enorme velocidad.

Una explosión rompió la puerta y llenó de humo y polvo buena parte de la habitación, mientras subrepticamente múltiples sonidos de forcejeo iban escuchándose por aquí y por allá. Briton aprovechó el incidente para liberarse del grandulón que le tenía tomado por los brazos, aunque se dañó una de sus muñecas en el proceso; logró empujarlo contra la pared e intentó conectar un golpe usando la poca visibilidad como ventaja, pero Ismael leyó su movimiento y no sólo evadió el ataque, sino que pudo hacerse con la cabeza del inspector, apretándola con una fuerza criminal. Sintió Gabriel que su enemigo acumulaba energía para asestar su propia cabeza contra la pared, y aunque comenzó a golpear en el estómago al guardia de Arratia, este parecía no inmutarse, estando casi listo para efectuar su movimiento, de no ser por Pequeña Fidelidad.

No supo de inmediato que se trataba de ella. Desde el polvo y el humo la sombra fue indescifrable por largos segundos, hasta que un disparo le hizo pensar que ella, y sólo ella, podrían haber tenido la audacia (o la desfachatez), de pasar a un lugar desconocido. Era, en efecto, la muchacha que había reventado la rodilla de Ismael lo que hizo soltarle. El guardia cayó sollozante bajo los pies del inspector, para luego ser dejado inconsciente por el culatazo dado por Fidelidad, que luego revisó los signos vitales de su contrincante para asegurarse de que no había sido excesivamente violenta.

— ¿Qué demonios haces aquí?— dijo Briton mientras giraba su muñeca adolorida.

— Una hora, Inspector. ¿iTodos los hombres toman con tanto desdén el tiempo!? — Pequeña Fidelidad se tomó el pelo y empezó a apuntar al resto del cuarto que seguía inmerso en el humo—. ¿Dónde está Arratia? ¿Estaba aquí?

— Antes de que hicieras tu entrada dramática estaba a dos metros míos, en esa dirección. Había también un segundo guardia con él, pero...

— ¿Pero?

— Se suponía que no debía estar. Al menos eso escuché.

— No te entiendo. Vuelve a explicarme.

Ambos entendieron cuando el humo y el polvo suspendido empezaron a despejarse; una silueta grande se veía donde Briton había dicho que se encontraba Arratia, y a medida que pasaba el tiempo ambos se dieron cuenta que sí, era aquel sujeto, pero su rostro y sus manos demostraban un destino cruel para el dueño de la noche sureña: sus ojos desorbitados, la coloración pálida de su rostro mientras el rojo se esparcía por su cuello y sus manos intentando zafarse con lo último de sus fuerzas vitales, sin éxito. Detrás de él, el joven guardia nuevo le estrangulaba con un cable de fibra tensado hasta el extremo, mientras le susurraba unas palabras que ambos agentes no podían entender.

El asesino empezó a moverse arrastrando con él a Arratia que ya desfallecía; Pequeña Fidelidad apuntó y e intentó disparar, pero utilizándolo como escudo humano, el nuevo se escabulló por una puerta trasera siendo inmediatamente perseguidos por la muchacha y el inspector. Dieron entonces con un intrincado camino, semejante a un laberinto, que daba muchos giros bruscos a la izquierda y a la derecha, en el que encontraron el cuerpo de Arratia recién iniciado el camino. El asesino le había abandonado para moverse más rápido terminada ya su tarea.

— ¡Múevete! ¿Qué rayos haces?— Pequeña Fidelidad se enfureció viendo cómo Briton se detenía para examinar el cuerpo de Arratia, que no daba ninguna señal de estar con vida— ¡Se nos escapará si no lo perseguimos ahora ya!

— No podemos dejarlo aquí, acaba de ocurrir un crimen.

— ¡Oh por todos los cielos, qué estupidez! ¿Sabes? Quédate aquí y yo iré por este otro tipo.

Pequeña Fidelidad maldijo varias veces al Inspector mientras se alejaba y éste llamaba a la central de la Policía Estatal. Temía que si dejaban el cuerpo a su suerte, los secuaces del asesino, incluso los "amigos" de Arratia borrarían toda la evidencia que pudiese encontrarse aprovechando la conmoción y la oportunidad que de forma lamentable, su muerte les había dado. Le producía un escozor tremendo en su orgullo no ir tras el culpable acompañando a la muchacha, pero era imperativo asegurar algo entre toda la incertidumbre del caso. Contestó del teléfono una de las operadoras de la Central que envió una patrulla de apoyo, para luego traspasarle a la línea protegida que daba directamente con el Comisario Sáez.

— Escuché todo lo que dijiste, pero quiero saber cómo y por qué estabas con Arratia, ¿Cómo llegaste ahí?— Sáez sonaba extrañamente agitado.

— Tuve la mala o buena suerte de toparme con ellos. De no haber sido

por una de ellos no estaría donde estoy en estos momentos.

— Ellos... ¿estás seguro de que vale la pena confiar en esa gente? Pensé que teníamos objetivos completamente distintos.

— Lo tengo en cuenta, Andrés. Lo más importante es que pude ver el asesino, creo que todavía retengo lo suficiente como para dar un retrato hablado y empezar a buscarlo.

—...Creo que es necesario que te lo cuente— dijo el Comisario dando un sentido suspiro.

— Pensé que sería algo agradable de escuchar; ¿sucedió algo?

— No hay un solo asesino. No estoy seguro si sólo son cómplices, si están trabajando coordinados o algo así, pero nuestra tesis de que sólo existe un lobo solitario ya no sirve.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro?— preguntó Briton mientras escuchaba la duda en Andrés Saéz, que terminó por resolver para contestarle.

— Porque Vanessa, hace sólo unos pocos minutos, tuvo un enfrentamiento con otro asesino, y tuvieron que salir huyendo junto con la persona que estaban escoltando. Escaparon a un sector rural del Distrito Central, y perdimos la comunicación con ella desde ese momento. Realmente— se podía detectar un temor real en su voz—, no sé si siga aún con vida.

¿Qué habrá pasado con Mercado? ¿Y con Pequeña Fidelidad?

Lo veremos en dos capítulos más, porque ahora viene el capítulo doble del Subsecretario ><

Capítulo 25

Arriba en la cordillera (Parte I)

Cuando la carretera principal se terminó y sólo quedó la vía militar como senda a seguir por parte del convoy, el Subsecretario comenzó, antes de tiempo, a sentir el frío congelante del lugar al cual se dirigía. Cuatro-Halcones era la última estación del ejército antes del límite con el país vecino, y estaba incrustada en plena cordillera de los Andes. Con el tiempo, la frondosidad de la vegetación había menguado drásticamente, hasta que unos arbustos pequeños y poco agraciados repletaron el paisaje. Los poblado se volvían cada vez más pequeños y alejados, las casas más esparcidas y más pequeñas, hasta que en algún momento sólo se veía carretera y explanada, y nada más.

Nunca había visitado este lugar. Tampoco tuvo en el pasado muchas ganas de hacerlo; Cuatro-Halcones era un nombre y una historia infame, el campo de concentración rural más grande que estuvo activo durante la Reclamación. Buena parte de quienes no se conoce todavía un paradero o un lecho conocido, pasaron por ese lugar, un tránsito a la muerte y al olvido.

En circunstancias normales, Murieta no habría ido directamente a este lugar, salvo que hubiese encontrado sospechas que relacionaran ese pasado sombrío con el presente del asesino que investigaba, y en efecto, había recibido antecedentes que apuntaban a esta estación militar como una pieza clave para el enigma que no terminaba de encajar. Ocurrió durante la noche en que visitó a la familia del hombre que murió incinerado junto a su casa, hace un par de días.

— Quemado vivo, como un costal de basura...— murmuró el Ejecutor a la salida de la morgue. La familia de Arturo Orrego ya se había retirado, hace un par de horas, y junto al Subsecretario, esperaron al tanatólogo para que les diese un informe completo.

— Han habido muertes peores, ocurridas por nuestras manos— soltó Joaquín Murieta, con el recuerdo vivo de los jóvenes desollados. El Ejecutor dejó pasar lo que evidentemente era una refrenda.

— Tengo una información sensible para usted, Subsecretario. Y en cierta medida, tengo también una corrección qué hacer a lo que conversamos la última vez que nos vimos. ¿Lo recuerda?

— Lo esencial; ¿es sobre su participación como magistrado en la Reclamación?

— Sí. En verdad, sí fui parte del grupo colegiado de jueces que decidieron sobre el paradero de los detenidos durante esos días. No, no me interrumpa. Mi información es en ese sentido; lo que ha sucedido durante los últimos días ha sido un escarmiento para todos respecto a los esfuerzos que hemos hecho contra el asesino. Llegué a la conclusión de que mi falta de sinceridad fue una obstrucción a su labor, y quiero enmendarlo en cierta medida.

— Me deja sin palabras, Ejecutor— dijo Murieta mitad en serio, mitad sarcástico.

— Guarde su veneno. Le daré algunos expedientes para que los revise, pero en síntesis, usted tiene que saber que fue en Cuatro-Halcones donde ejercimos buena parte de nuestra magistratura junto a los extintos Sanfuentes y Ardoza. No tengo las actas de esos días, pero en ese cuartel deberían tenerlos. Ese es mi aporte.

Un auto blindado se acercó lentamente. La luz de la luna se reflejaba sobre los vidrios polarizados, pero Murieta presintió que el Ejecutor debía de reunirse con alguien más. Hicieron el saludo protocolar, y su superior subió al auto con la mirada fija en él, como esperando que algo cambiase. El Subsecretario hojeó la carpeta, prácticamente vacía, en la que sólo la ficha de un coronel se encontraba con anotaciones, era el hombre con el que debía comunicarse.

— Nada.

— ¿Ni siquiera un cuaderno de novedades, o alguna copia de correspondencia?

— Absolutamente nada. Cuatro Halcones fue completamente purgado cuando la Reclamación concluyó, hace ya tres años. Por orden expresa del Ministerio de Defensa y del Interior, nos deshicimos completamente de todo, desde las fotos requisadas hasta los informes militares, actas judiciales y testamentos y textos varios provenientes de los reclusos temporales.

El Coronel no parecía mentir. Su rostro, con algunas cicatrices en los pómulos y uno de sus ojos caído, expresaba estar completamente seguro de su versión. El Subsecretario le hizo algunas preguntas más, que el oficial contestó en parte, de forma neutral, mientras que en otras sencillamente se negó a entregar su versión, y Murieta sabía que nada sacaba con presionarle. Si este era el estado de las cosas, ¿qué se suponía que era el aporte del cual hablaba el Ejecutor?

"¿Acaso sólo quería tenerme lejos", se preguntó Murieta, y la sospecha de haber caído en una absurda trampa le irritó en gran medida. ¿Acaso harían ellos su propio movimiento? Había ya sacado su teléfono celular para comunicarse con Pequeña Fidelidad y que ella comprobase si el cuerpo que habían reclutado actuó contra alguien, cuando un botellazo intentó impactar en su cabeza.

Cuatro Halcones no sólo era un cuartel militar; alrededor del perímetro del mismo, el pequeño pueblo que le daba el nombre tenía una vida social que sólo podría equiparar en viveza a una carrera de caracoles; la veintena de casas y uno que otro negocio local que conformaban esta suerte de aldea parecían no tener habitantes: nadie se aparecía por los alrededores, excepto aquel hombre cuyo caminar tembloroso y su nariz rojiza en extremo. El hedor ácido aseguraba su borrachera.

— Vayaaa— exhaló el borracho, dando traspiés—, tienes buenos reflejos al menos, milico bastardo.

— No soy militar... aunque puedo reaccionar como uno. No vuelvas a intentar atacarme.

— ¿Me vas a matar como a los demás?

— ¿Cuáles demás?

— Bueno, ahora se hacen los tontos. A las personas que traían a este horrible lugar, por supuesto. ¿O ya les dio la amnesia, como siempre?

Murieta tendría que estar desvariando para darle crédito a un ebrio que se paseaba lanzando las botellas que iba vaciando, en medio de un pueblo olvidado de las manos de dios. Sin embargo, el Subsecretario sacó de su chaqueta una pequeña petaca transparente, llena de un líquido mucho más agradable y fino que el rancio alcohol que el hombre al frente suyo exudaba. Con una sonrisa, Murieta se acercó.

— ¿Que tal si me muestra dónde queda aquel horrible lugar?

Y el borracho aceptó gustoso.

¡Lamento mucho haberme alejado por tanto tiempo! Incluso si casi nadie lee esta obra, es una lástima que la haya abandonado por tanto tiempo. Es momento de concluirla.

Capítulo 26

Arriba en la cordillera (II)